

**BRUGUE
RA**

BOLSILIBROS

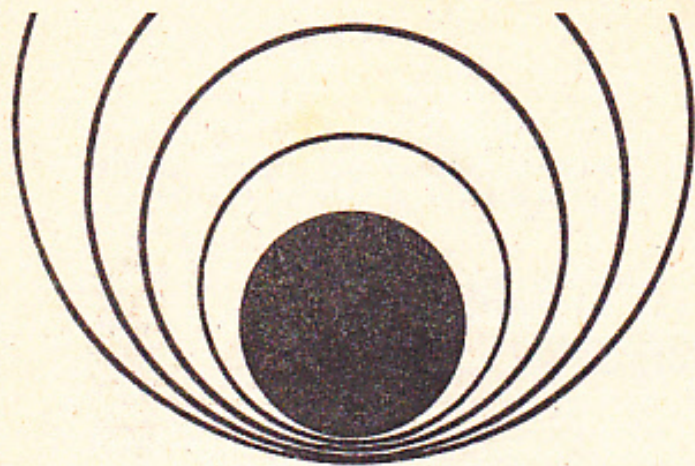
POLICIACO

DOBLE ASESINATO

James West

**GANE 1
MILLON**
DE PESETAS





PUNTO ROJO



JAMES WEST
DOBLE ASESINATO

Colección PUNTO ROJO n.º 1.169
Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS – MEXICO

ENCONTRARA OBRAS DE ESTE MISMO AUTOR EN LAS
COLECCIONES DE

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
QUE SE DETALLAN A CONTINUACION:

Punto Rojo

1.a edición en España: enero, 1985

1.a edición en América: julio, 1985

Concedidos derechos exclusivos a favor de Editorial Bruguera, S. A.

Camps y Fabrés, 5. 08006 Barcelona (España)

© James West 1985 texto

© Sampere 1985 cubierta

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en España Printed in Spain

ISBN 84 02 02520 X / Depósito legal: B 40.307 1984

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.

Carretera Nacional 152, km 21,650. Parets del Vallés (Barcelona)
1985

CAPITULO PRIMERO

Mi Dodge rojo dejó escapar unos runruneos intermitentes, dio algunos pequeños brincos, y se detuvo.

La carretera era todo lo polvoriento que uno pueda imaginar, el termómetro andaba rondando los cuarenta grados centígrados y la única sombra existente era la proyectada por los postes de telégrafos.

Intenté hacer autostop, pero yo era lo menos parecido a una rubia de fresca sonrisa, delantera presentable y piernas de supervedette.

Me estaba preguntando qué se habría hecho de esos tipos que van por parejas, visten de uniforme y pasean —ellos lo llaman patrullar—, en flamantes coches dotados de radio, sirena y luces de colores, cuando vi que se detenía un tractor.

—Puedo dejarlo en un motel que hay a media milla, si le parece —me dijo un tipo sonriente, de mediana edad, cabello pajizo y desdentado.

Dije que me parecía bien; que era muy amable.

Me acomodé como pude.

—Tenga, fúmesese este cigarro. Los hago yo mismo, con mi propio tabaco. En cuanto a ese Dodge suyo, mi hijo es el mejor mecánico de por aquí, aunque me esté mal decirlo. Si usted quiere yo mismo le aviso para que pase a recogerlo y le eche un vistazo.

—De acuerdo —aprobé sospechando la razón de su amabilidad.

Con la primera bocanada comprendí mejor su carencia de dientes. Aquel cigarro era pura dinamita.

El motel no era nada extraordinario, pero tenía ducha y cama blanda. Antes de sacudirme el polvo, ponerme a remojo y descansar, necesitaba un buen trago. El bar estaba bastante concurrido. Había un grupo de chicos y chicas en tomo a un tocadiscos automático. El resto era de mediana edad; hombres, la mayor parte. Tipos a los que gusta tomar una copa en solitario y soñar con lo que dirían a su jefe de negociado, a su despampanante vecina, o a la birria de su esposa, si acertasen un pleno en las carreras.

—¡Hola! No recuerdo haberle visto nunca por aquí —dijo la morena que atendía la barra. Era de prietas carnes y fumaba largos y estrechos cigarros.

—Será porque nunca he estado aquí.

—¿Vienes de muy lejos?

—De bastante lejos.

—¿Del Este? —insistió mientras me servía un whisky sin que yo le hubiese pedido.

—No suelo llevar brújula encima.

—No te enfades, yo soy así. En cuanto veo una cara nueva me lanzo a hacer preguntas.

Apuré el whisky de un solo trago. Los había probado peores. La maciza me sirvió otra dosis.

—El primero va por cuenta de la casa —dijo.

—¿Cómo te llamas? —se me ocurrió preguntar.

—Brenda —respondió después de lanzarme una bocanada de humo en la cara.

—¿Es tuyo esto, Brenda?

—Sí. Si te refieres al motel y a este local... ¿Divorciado o soltero?

—¿Qué te hace suponer que soy casado?

—Pareces uno de esos que huyen de las ataduras... La barra enseña mucho, ¿sabes?

Su largo cigarro se había convertido en una punta que ella arrojó al interior de una escupidera de cobre, con la asombrosa habilidad que proporciona la práctica diaria.

—¿Todavía se emplean estos chismes por aquí?

—Esto es Welles, amigo, aquí la gente masca el tabaco como si fuera chicle... Casi todos tienen su parcelita donde lo cultivan para su propio uso, a espaldas del Tío Sam. ¿Supongo que no trabajarás para el Gobierno?

—No, pagan muy mal.

—Ahí donde la ves —dijo señalándome la escupidera como si se tratase de un fresco de Miguel Angel—, estuvo en uno de esos salones del salvaje Oeste. Puede que Buffalo Bill escupiera en ella alguna vez.

—Muy interesante —respondí pensando adónde me había llevado a parar el dichoso Dodge.

—Ya está aquí ese idiota de Ray —oí decir a Brenda en voz baja.

Como me hallaba situado frente a la puerta, pude verle la jete al tal Ray sin cambiar de postura. Andaba con cierto aire de suficiencia, como si presumiera de ser el tipo más alto, más barbudo y más fuerte del lugar. Probablemente lo era.

—¿Quién es este individuo, Brenda? Sabes que no me gusta verte tontear con los clientes.

—Ray, no empecemos. Estoy cansada de decirte que te olvides de que existo. ¡Esfúmate!

—Te gustan los pollos de la ciudad aunque parezcan tísicos y pobres como ratas —dijo mirándome de arriba abajo.

Muchos clientes desviaron su atención hacia la barra.

También los jóvenes decidieron dar un pequeño descanso al tocadiscos automático. Silenciada aquella infernal fábrica de decibelios, se podían escuchar los pasos de una araña por el

parquet. Por lo visto Ray era todo una atracción local.

—Algo me dice que se refiere a mí —dije encarándome con el gigante barbudo.

El puño derecho de Ray fue directo a mi mandíbula. Antes de que pudiera reaccionar, un segundo mazazo, tan contundente como el anterior, me dejó sentado en el suelo.

—¡Levántate! No he hecho más que empezar contigo — dijo plantándose ante mí, brazos en jarras.

Sacudí la cabeza intentando expulsar mi aturdimiento. No estaba dispuesto a que sólo Ray fuese la estrella del espectáculo.

Me fui levantando lentamente, sin perder de vista a aquel bestia ni un segundo.

De pronto vi como su descomunal bota volaba hacia mi cara, di un pequeño salto de costado y la agarré con ambas manos retorciéndola. Ray no pudo hacer otra cosa que girar sobre sí mismo e ir a caer sobre una mesa. El ocupante se levantó más que de prisa.

—¡Maldi...!

Mi puño hizo blanco en su nariz impidiéndole terminar la palabra.

La nariz de Ray tomó el color rojizo del chile. Se limpió con una manga y se abalanzó sobre mí. Esquivé su acometida y crucé una pierna entre las suyas.

La zancadilla dio el fruto apetecido.

Ray fue a parar al suelo; su cabeza chocó con la escupidera de cobre y ésta se volvió vaciando su nauseabundo contenido sobre su cabezota. Se escuchó una risotada general que al gigante no debió gustarle ni pizca.

—¡Te voy a desollar vivo! —bramó, levantándose, cogiendo una botella que había sobre una mesa próxima y arrojándola sobre mí.

Caí en la trampa. Todo había sido una estratagema para arrojarse a mis pies mientras yo evitaba el botellazo y cogerme por las piernas precipitando así mi caída. Lanzó un alarido de alegría cuando me vio en el suelo, prácticamente a su merced. Sentí todo el peso del mastodonte sobre mí. La presión de sus rodillas sobre mi caja torácica me obligaba a respirar con dificultad. Cogió mi cuello con ambas manos y empezó a apretar con fuerza. Pronto noté los primeros síntomas de asfixia; se me nublaba la vista. Había cogido sus brazos pero me resultaba imposible moverlos; parecían de acero.

Finalmente pude mover una pierna y encogerla hasta el punto de clavarle la rodilla en el bajo vientre. Golpeé desesperadamente varias veces. Noté que sus manos cedían un poco en la presión

sobre mi cuello. Agarré fuertemente su poblada barba con la mano izquierda, propinándole un nuevo y más fuerte puñetazo en su apéndice nasal. Se olvidó por completo de mi cuello para responder con una lluvia de golpes sobre mi rostro. Consiguí acertarme con uno de ellos en las proximidades del ojo izquierdo, en tanto yo le daba un tremendo empujón y me libraba del peso de su cuerpo.

Nos levantamos al unísono. Ray lanzó sobre mí un puñetazo fortísimo que hubiera podido decidir la contienda, pero desvié su trayectoria con el brazo izquierdo, conectándole con el derecho un golpe difícil de superar. Cuando vi que se tambaleaba no le di cuartel.

Dos ganchos más y lo dejé tendido, ensuciando el parquet con su sangre.

Al parecer nadie había avisado a la policía.

Quince o veinte minutos más tarde me encontraba en el baño. Brenda me había dado un par de sedantes para que los tomase antes de meterme en la cama.

Fui despertado por un grito de alarma de un golpe seco, ruido que asocié con el producido por los cascos de un caballo al pisar un terreno duro. Busqué en el lugar donde recordaba haber visto la noche pasada el interruptor de la lamparita, pero alguien se me adelantó.

Me encontré con un tipo de mediana estatura que me miraba sonriente, llevaba una botella de Johnny Walker cogida por el cuello, como si fuera un palo de béisbol. A sus pies, es decir, a una yarda escasa de mi cama, estaba el cuerpo mastodóntico de Ray, inconsciente. Junto a su mano derecha había una navaja lo bastante larga para atravesar el corazón de un elefante.

—Es curioso —dijo el tipo—, en las películas la botella siempre se hace añicos... Yo ocupo la habitación de enfrente, me disponía a salir cuando vi a este tipo que entraba en su cuarto. Con una navaja como ésa en la mano pensé que sus intenciones no podían ser buenas... Creo que he llegado justo a tiempo...

Me ocupé yo mismo de avisar a la policía.

Se presentaron dos individuos uniformados; llevaban revólver al cinto. Cuando los avisaron debían estar patrullando por la barra de alguna hamburguesería; apestaban a hamburguesa con cebolla.

Mi salvador, Joe Reinaldo era su nombre, tuvo que prestar declaración. Aquellos dos individuos realizaban las preguntas como si Ray fuera la víctima de un par de gamberros, nosotros.

—El señor Joe Reinaldo, aquí presente, ha evitado que Ray me atravesara con su cortauñas de quince pulgadas... Ese tipo debiera

estar tras unos barrotes, o en un cuarto capitoné, con una camisa de fuerza.

—¿Y quién me garantiza a mí que es cierto lo que me cuenta este hombre? —dijo mirando a Reinaldo como si fuera un ciudadano de segunda—. No basta el testimonio de una sola persona en estos casos.

—¡Oiga, al hijo de mi madre, ningún poli de opereta lo tacha de embustero! —gritó Joe Reinaldo.

—Puedo meterlo entre rejas por eso que ha dicho, amigo. Eso es desacato —dijo con ese tono velado con que se pronuncian las amenazas más acervadas.

—Ray empezó metiéndose conmigo en el bar del motel, eso lo vio mucha gente... —dije intentando zanjar la cuestión.

—La gente lo que vio fue una pelea, ya me he informado... También sé que el pobre Ray fue quien llevó la peor parte —dijo sin esforzarse lo más mínimo en disimular sus simpatías por el gigante barbudo.

—¿Es algo suyo, ese tipo? —preguntó Reinaldo.

—Su cuñado —dijo el otro policía, comprendiendo al instante que había metido la pata.

—Sea quien sea Ray, yo soy ahora un agente de la ley —farfulló rojo de ira. Supuse que le diría cuatro cosas a su compañero, cuando no hubieran testigos—. En cuanto a usted: Si quiere conservar su contrato de trabajo abandone esa actitud, no nos gustan los camorristas, y usted tiene toda la pinta de ser uno de ellos.

Aquello decidió la cuestión. Joe Reinaldo tenía un contrato para trabajar de temporero en la recolección del maíz y podía perderlo si incordiábamos más de la cuenta.

Seguramente Ray salió de la cárcel cinco minutos después de que yo hubiera abandonado la ciudad de Welles. La denuncia debió quedar archivada en la papelera más cercana.

Reinaldo y yo bebimos unas copas juntos. No había que ser un lince para advertir que no le iban bien las cosas.

Le ofrecí mi tarjeta que guardó en el interior de una cartera mugrienta y nos despedimos con un fuerte apretón de manos.

No volví a saber de Joe Reinaldo hasta cinco años más tarde. Tampoco entonces parecía aliado con la buena suerte.

CAPITULO II

Aquel verano yo regresaba de Oregon con la piel morena, alguna libra de más, y seis de los grandes en la billetera. Todo un récord.

Cierto ganadero me había encomendado la vigilancia de su media naranja, sospechando que no era el ganado de su rancho el único en usar cornamenta. Tenía razón y así se lo dije. El tipo no se lo tomó por lo trágico. Hizo sus cuentas. Con las pruebas por mí aportadas su costilla debería salir del rancho apenas con lo puesto. Su euforia fue tal que me apoquinó seis mil pavos, en lugar de los tres mil prometidos.

Tras la puerta de mi oficina, habían un montón de cartas. Aparté tres de ellas, las otras eran todas de color azulado y ostentaban el membrete del California Bank.

Tres sobres arrugados, escritos con la misma letra presurosa y temblona. Remitidas en el espacio de dos semanas, según los matasellos.

Abrí el primero y leí su breve contenido.

«Pat, ¿te acuerdas de tu amigo Joe Reinaldo? Estoy metido en algo muy serio. Por favor, ven a verme cuanto antes.»

La siguiente era, poco más o menos, una repetición de la anterior.

La tercera era un cúmulo de reproches. Me echaba en cara mi silencio como respuesta a las anteriores. Lo más curioso de todo era el remite: «Federal Penitentiary, Bloque B, Segundo piso, número 173.»

Si cinco años antes alguien me hubiese preguntado cómo era Joe Reinaldo, yo lo hubiera descrito como a un fulano de cinco pies y medio de estatura, pelo negro ensortijado, ojos de un marrón intenso y visceral hasta la médula. De los que dicen lo que piensan y apenas piensan lo que dicen.

Pero el hombre que entró en el recinto para visitas, vistiendo uniforme gris azulado y una gorra entre las manos, era como una mala copia de aquel Reinaldo. Nos hicieron sentar uno frente a otro, en los lados menos distantes de una mesa rectangular, también pintada de gris, vigilados por un celador con rostro y maneras de celador.

—¡Hola! —dijo intentando sonreír sin conseguirlo.

—¡Hola, Joe! He estado fuera, llegué ayer.

—Ya.. ¿Entonces, no sabes por qué estoy aquí?

—En tu carta hablas de un lío muy serio, sin concretar más.

—Me acusan de haber matado a los Vanini, dos viejos a quienes quería como a mis propios padres... Todas la pruebas están en mi

contra...

Reinaldo se había quedado corto, su problema era algo más que «un lío muy serio».

—Cuéntamelo desde el principio, sin olvidar detalle —dije sacando mi paquete de Camel y alargándoselo.

—Eso está prohibido —gruñó el celador.

—¿Teme que lleve una lima dentro? —dije.

Creí que me iba a soltar una filípica, pero no fue así.

—Está bien, pero la próxima vez, Joe, si quieres fumar trae tu propio paquete.

Reinaldo encendió el pitillo y lanzó la primera bocanada antes de continuar hablando. Me chocó que cogiera el cigarrillo con la mano derecha.

—Yo trabajaba en el restaurante de los Vanini, los pobres se habían quedado solos desde que su hijo murió en Vietnam... Hacía un poco de todo. Por las mañanas iba al mercado con la lista que el señor Rómulo me había preparado, luego a la playa, a por mariscos y pescado fresco... La señora Vanini era quien cocinaba, el señor Rómulo atendía a las mesas... ¡Dios mío; acusarme de una cosa así! —exclamó de pronto.

—Les advierto que sólo disponen de quince minutos, más vale que vayan al grano —dijo el celador, dispuesto a no salirse ni un ápice del reglamento.

—Intenta serenarte, Joe. Debes contarme cómo ocurrió.

—Fue un domingo. El local no abre ese día, así que aprovechamos para hacer una limpieza más a fondo... Yo me dirigía hacia allí, estaba a pocos pasos del restaurante cuando oí los disparos... Corrí hacia la puerta; no la principal, la otra, la lateral, la que da a la cocina...

—¿Y por qué no la principal? —interrumpí.

—Es por donde entro siempre. Además, siendo fiesta, seguro que en la otra estaba pasado el pestillo... En la cocina no había nadie. Los hornos como es lógico estaban apagados, y hasta la luz. Pasé al restaurante. Las ventanas estaban cerradas; es cosa que hacemos los sábados... Sólo había una bombilla encendida cerca del mostrador y vi, ¡oh, Dios! Vi a los dos en el suelo muertos.

—¿Los tocaste?

—No, sólo me agaché un poco.

—¿Cómo sabes entonces que estaban muertos?

—Bueno, lo pensé... Había bastante sangre.

—¿Qué hiciste entonces?

—Nada. Alguien me dio un golpe en la cabeza... Me desmayé.

—¿Y qué paso luego, cuando recuperaste el conocimiento? Explicame paso a paso lo que hiciste.

A Joe Reinaldo se le ensombreció el rostro; sus manos hicieron un inconsciente gesto de rechazo.

—¡Fue horrible! Yo estaba cerca de ellos; no sé cómo me había manchado una mano de sangre, y también la ropa; la manga de la cazadora, sobre todo. Me levanté y eché a correr... Sí, ¿parece absurdo, verdad? Pues eso fue lo que hice: correr.

—¿Saliste por la cocina?

—Sí.

—¿Viste el arma?

—Sí. Estaba en el suelo; la distinguí por el brillo. Sólo había una luz, ya te lo he dicho...

—¿Y no estaba ahí antes de que te golpearan?

Reinaldo se encogió de hombros.

—Yo no la vi.

—De modo que saliste por donde habían entrado, por la cocina, y luego echaste a correr, ¿no es así?

—Fui hasta los muelles sin detenerme, donde están las barcazas. Llegué cansado; tenía miedo... Por lo que acababa de ver y por los problemas que el asesinato de los pobres viejos pudiera acarrearle... Quizá fue un barrunto...

—¿Cómo fue tu detención?

—Pasado algún tiempo fui hasta mi barcaza y me tumbé en el camastro. Ellos entraron cuando estaba empezando a dormirme. Me pusieron las manos a la espalda y me esposaron.

—¿Te esposaron sin más explicaciones?

Joe Reinaldo movió la cabeza apesadumbrado.

—No... Antes me registraron. Los bolsillos de mi cazadora estaban llenos de dinero... ¡Yo te juro que no sé por qué estaba ahí! Era cuanto había en la caja del restaurante.

—¿Y cómo puede saberse eso, el dinero no lleva impreso el nombre de su propietario?

—Entre los billetes habían varios albaranes firmados por el señor Rómulo; más tarde comprobaron que la sangre de mi cazadora pertenecía a los viejos, y...

—Es la hora —dijo el celador levantándose—. Andando, Joe.

—Pero aún no se lo he dicho todo —se quejó Reinaldo—, si nos concede unos minutos más...

—No quiero líos, ¡vamos!

El celador agarró a Reinaldo con fuerza de un brazo y lo empujó violentamente hacia la puerta. Me hubiera gustado ver a aquel tipo en el mar, a punto de ahogarse. Le hubiese lanzado un salvavidas relleno de plomo.

Robert Hansen era un tipo alto, recio, de ojos grises, pelo corto y erizado y estudiados ademanes de autoritarismo. Le faltaba el uniforme y una Cruz de Hierro para ser la viva imagen de un alemán made in Hollywood.

Después de tenerme media hora con las posaderas sobre una incómoda silla, situada a medio camino entre la máquina automática de los refrescos y los urinarios, se dignó recibirme.

Tenía mi tarjeta entre las manos cuando entré; la dejó caer sobre la mesa y se recostó sobre el asiento para observarme. No me invitó a que me sentara, así que lo hice por mi cuenta.

—Estoy muy ocupado, sea breve —dijo.

—Joe Reinaldo, usted le detuvo hace algún tiempo, cerca del muelle 43, en el interior de su propia barcaza.

—Culpable de dos asesinatos —recordó Hansen al tiempo que asentía.

—Creí que eso debía decidirlo el jurado —comenté.

—Presunto autor de doble asesinato. ¿Lo prefiere así?

—Es la ley quien lo prefiere.

—Ese italiano —dijo en tono marcadamente despectivo— llevaba en los bolsillos un buen montón de dólares arrugados, como introducidos precipitadamente, ¿me sigue?

—¡Ajá!

—Esos dólares habían sido sustraídos de la caja registradora del «Ristorante Vanini», lo peor es que, para obtenerlos, primero hubo de matar al matrimonio Vanini... ¿Me sigue todavía?

—Sólo a medias. ¿Cómo supieron que el dinero encontrado en los bolsillos de Reinaldo pertenecía, precisamente, a esa caja registradora? —pregunté haciéndome el sueco.

—Seguro que ha observado usted, alguna vez, cómo trabajan los repartidores de refrescos cuando dejan unas cajas en un establecimiento. El propietario firma un albarán, a él se le entrega el original y el repartidor se queda con la copia, ¿no es así? Pues entre el dinero que ese italiano llevaba encima, fueron encontrados algunos albaranes firmados por el propio Rómulo Vanini, el día anterior.

Robert Hansen adelantó un poco la parte inferior de su cuerpo para reclinarsse más a sus anchas.

—La cazadora y el puño de la camisa estaban manchados de sangre, ¿sabe de quién?

—Del matrimonio Vanini —dije, para no estropearle la fiesta.

—Exacto. Pero aún hay algo más, señor Monroe...

El rostro de Hansen esbozó una sonrisa de triunfo, sospeché que podía mejorar su póquer con una escalera de color. Por desgracia no me equivoqué.

—El revólver encontrado junto a los cadáveres del matrimonio Vanini, un «Colt», tenía las huellas de ese italiano.

Intenté digerir aquel golpe, del todo inesperado, lo mejor que pude.

—A juzgar por lo que me cuenta, no fue un caso difícil de resolver —comenté al fin.

—Tal vez no fue difícil, pero se resolvió con eficacia y prontitud, a pesar de la incomparecencia del denunciante.

—¿Quiere decir que Reinaldo fue detenido a causa de una denuncia?

El sargento Robert Hansen, asintió.

—Alguien con voz de hombre nos llamó por teléfono asegurando haber oído ruido de disparos en el interior del «Ristorante Vanini», y ver salir huyendo a un hombre, poco después. Lo describió con bastante detalle... La mayor parte de los agentes que vigilan los muelles pensaron que aquella descripción era la de su amigo italiano.

—Es americano, lo mismo que usted y que yo —reconvine más que harto de su cantinela.

—¿Cuál es su papel en esta historia? —preguntó ignorando mi comentario.

—Averiguar la verdad.

—Acabo de decírsela. Su amigo está con la soga al cuello —dijo dejando la tarjeta al alcance de mi mano.

—Puede guardarla, tengo más.

CAPITULO III

Perrin Nelson tenía el pelo blanco, más barriga de la que cabría esperar en un guardia, ojos bondadosos y andar cachazudo. A juzgar por su aspecto, había iniciado la cuenta atrás del día de su jubilación.

—Ha sido una sorpresa para todos —me comentaba—. Conozco a Joe desde hace tiempo. De usted para mí: más de una vez he hecho la vista gorda cuando deambulaba por el muelle de carga. Ya sabe usted que únicamente está permitido a los estibadores... Pero Joe es distinto, todo el mundo lo conoce por aquí, y siempre le ha gustado andar de cháchara con los marinos.

—¿Nunca se ha metido en jaleos?

—¿Se refiere a peleas, o cosas así?

Asentí.

—Joe no es de los que guarda las cosas en el buche durante mucho tiempo, si tiene algo que soltar, lo larga sin más contemplaciones, pero nunca ha pasado de una discusión subida de tono.

—¿Estuvo usted presente cuando lo detuvieron?

—No, y me alegro. Hubiera sido un mal trago y un peor recuerdo.

—¿Usted cree que Joe lo hizo? —pregunté a quemarropa.

Perrin Nelson apoyó una mano sobre su respetable barriga, colgando el pulgar del ancho cinturón. Sus ojos se empequeñecieron como si escrutase en su propia mente.

—Llevo muchos años pateando calles. He visto criminales con cara de no haber roto nunca un plato, y malcarados con un corazón que no les cabía en el pecho... Pero en el caso concreto de Joe Reinaldo, apostarí a que él no lo hizo. No señor.

—¿Dónde está amarrada su barcaza?

—En el embarcadero Freeway. Hay otras más; la de Joe lleva su nombre escrito en el costado... Están ahí pudriéndose desde que Alcatraz dejó de ser prisión. Las utilizaban para el transporte de provisiones. Pertenecía al padre de Joe... Claro que eso es otra historia...

—¿Alguna mujer de por medio?

—¿Cómo prescindir de ellas? Nos son tan necesarias como el aire, aunque a veces nos cueste reconocerlo. Se llama Nora. La encontrará en la «Hamburguesería Louis», está cerca de los almacenes frigoríficos. Trabaja allí.

Encontré a Nora frente a unas cuantas columnas de platos recién lavados. Se acababa de quitar los guantes de goma y se disponía a encender un merecido pitillo.

—Por qué quiere usted ocuparse de ayudar al pobre Joe, le

advierto que no tiene más de quinientos dólares en su cartilla de ahorros.

—Lo supongo.

—¿Qué busca entonces, popularidad? ¿Quiere que los periódicos hablen de usted? Lo de menos es cómo acaba Joe, ¿no es eso?

—No. No es eso. Joe me salvó el pellejo hace unos años, cuando las cosas no le iban bien, pero no tan mal como ahora.

Nora me miró de otro modo. Empezaba a aceptar la posibilidad de que yo fuera un amigo, y deseara verdaderamente ayudar a Reinaldo. Apartó unos tapetes sucios de una silla y un montón de servilletas de papel con el nombre de la hamburguesería impreso en ellas.

—Siéntese —dijo. Tampoco su voz era la de antes—. Joe nunca me habló de eso. Debí ocurrir antes de conocernos.

—¿Ha ido a visitarlo?

—Dos veces... Sólo me permiten estar quince minutos porque no soy familia, dicen. Lo tratan como si fuera un criminal... Sí, ya sé que para ellos lo es, pero se supone que un hombre es inocente hasta que no se demuestra lo contrario... ¿Qué posibilidades hay de que usted lo saque de ahí?

—No he hecho más que empezar, Nora —dije lamentando no poder decirle algo más esperanzador.

Nora dejó caer la colilla en el fondo del fregadero.

—¿No hablaba Joe del matrimonio Vanini?

—Los tenía en mucho aprecio. A su modo de ver se portaban muy bien con él...

—Y usted no parece opinar del mismo modo.

—No me gusta poner a la gente en un pedestal sólo porque están muertos. A Joe lo tenían ocupado hasta los domingos, que era cuando no abrían el restaurante, y le pagaban una miseria, menos que a un pinche de cocina. Eso no dice mucho en favor de ellos, ¿no le parece?

—¿Y Joe no hablaba con ellos al respecto?

—Sí, en varias ocasiones, pero el viejo Rómulo le daba largas.

Me levanté; Nora hizo lo propio. Debía ser por lo menos diez años más joven que Reinaldo. Era atractiva, parecía de carácter firme y autosuficiente. Estaba claro que fregar platos no colmaba sus ambiciones.

Recordé entonces cierto detalle observado durante mi conversación con Joe Reinaldo.

—¿Dígame, Joe es zurdo?

—Sí —respondió extrañada—. ¿Tiene eso algún interés?

—Lo ignoro —respondí mientras nos dirigíamos hacia la

puerta.

—Sáquelo de aquel agujero, señor Monroe —casi suplicó Nora cuando me estrechaba la mano.

* * *

La barcaza de Joe Reinaldo era la única que no mostraba aspecto de total abandono. La caseta había sido pintada recientemente. Dentro todo estaba más o menos ordenado, sin meticulosidad pero con cierto sentido de lo práctico.

Sólo el camastro mostraba signos de haber sido utilizado sin que nadie se preocupara después de recomponer su embozo. Sin duda estaba así desde el mismo día de la detención de Joe.

Excepto un traje un tanto gastado que colgaba de una viga, cubierto por un plástico transparente, el resto de la ropa se hallaba en un cofre, limpia y doblada. También había una libreta de ahorros, a nombre de Joe Reinaldo, con un saldo de quinientos veintitrés dólares con treinta centavos.

—¡Eh! ¿Quién anda ahí?

La voz procedía de fuera, así que salí.

En la orilla, junto al estrecho tablón que servía de pasarela había un hombre sobre una silla de ruedas. Su mano derecha puesta en forma de visera sobre la frente, evitaba que el sol le diera en los ojos.

—¿Quién es usted? —preguntó en cuanto me vio aparecer.

—Recaudador de impuestos. ¿A quién pertenece este yate?

La sorpresa del hombre me sirvió para llegar a su lado sin que me hiciera una nueva pregunta.

—Soy amigo de Joe Reinaldo —expliqué—, estoy intentando ayudarle.

Naturalmente no me creyó.

—¿Pretende ayudarle registrando su barcaza?

—¿Fue aquí donde lo detuvieron? —pregunté como si no le hubiese oído.

—Si es usted su amigo debería saberlo, va para dos meses que se lo llevaron.

—¿Lo presenció usted?

El hombre asintió; ya no precisaba de la mano para protegerse del sol. Me miró fijamente a los ojos.

—¿De verdad es usted amigo suyo, y quiere ayudarle?

—Así es.

—Lo veo difícil, a menos que tenga usted amigos en las altas

esferas, o le consiga el mejor abogado del país.

—Si es necesario buscaré ese abogado, pero antes me gustaría husmear un poco, a ver qué encuentro.

—¿Quiere decir, investigar; hacer de sabueso?

—Algo así.

—¿Es del oficio?

Asentí con la cabeza.

—Lo recuerdo, Joe me habló de un amigo que era detective.

—¿Hace tiempo que lo conoce?

—¡Huy!, desde críos. Eramos del mismo barrio... ¿No tendrá un pito por casualidad?

Cuando ya tuvimos nuestro Camel encendido entre los labios, prosiguió:

—A veces me digo que Joe llegaría perdedor en una carrera de un único participante. Nació sin estrella. Y eso lo digo yo, que llevo años pegado a esta silla... Joe es impulsivo, noble, generoso, y tan ingenuo como un crio de seis años. ¿Sabe una cosa? Eso de que las buenas personas reciben su premio y las malas su castigo, es un camelo inventado para que el sarnoso se resigne con su sarna, el jorobado con su giba y el cornudo con su cornamenta... Si yo volviera a nacer, Al Capone a mi lado sería un santo con aureola. La mala gente se lo pasa en grande, ésa es la pura verdad, amigo...

—¿Qué puede decirme del matrimonio Vanini? ¿Le hablaba Joe de ellos?

—Ellos son otro ejemplo de lo que estaba diciendo. Consiguen salir adelante después de no pocos sacrificios, les matan al hijo en esa estúpida guerra y acaban asesinados cualquiera sabe por quién y por qué.

Hablaba con el pitillo entre los labios sin importarle adónde iba a parar la ceniza.

—Joe decía —continuó—, que la muerte del chico les había trastocado la cabeza. A veces se comportaban como si Tonino estuviese de viaje y fuera a regresar de un momento a otro. Semanas antes de lo ocurrido, había estado pintando la habitación del muchacho. La señora Vanini puso cortinas en las ventanas y el viejo Rómulo compró un montón de revistas y un televisor portátil. Joe no se atrevía a tocar ese tema: «Están afianzados a una mentira, pero es lo único que los ayuda a vivir.» Solía decirme.

—¿Nunca tuvo Joe una palabra más alta que otra con ellos?

—No, claro que no.

—Sin embargo, tengo entendido, que cobraba poco por su trabajo.

—Ya comprendo, ha estado hablando con Nora... Es cierto que cobraba poco; la chica le calentaba los cascotes por ese motivo. El señor Rómulo le había prometido arreglarlo para el próximo invierno, que es cuando aumenta la clientela.

—Bien, me ha aclarado usted unas cuantas cosas...

—¿Se marcha ya? ¿Le importaría darme un pitillo más?

Me fijé en sus piernas inmóviles cubiertas por un pantalón de perneras arremangadas con varias vueltas y una americana de anchas solapas, plagadas de «lámparas» y ceniza. Seguramente Reinaldo le echaba una mano de vez en cuando. Cogí el paquete de Camel e introduje un par de billetes de diez pavos en su interior.

—Puede quedarse con el paquete.

—Gracias, amigo.

* * *

El sol, dueño y señor de la calle, había convertido mi Dodge, aparcado varias horas antes, en un horno. Bajé los cristales de todas las ventanillas y entré en un bar situado enfrente.

La mujer que atendía la barra, llamada Katy por uno de los clientes, hablaba con el pitillo en la boca mientras pasaba un paño por el mostrador de acero inoxidable.

Pedí una cerveza fresca.

Katy dejó el pitillo en el borde del mostrador, con la punta incandescente hacia afuera, eligió una jarra de las varias colocadas boca abajo, y la sostuvo inclinada mientras se llenaba para evitar la formación de espuma.

—¿Es usted el tipo que quiere sacar a Joe de la cárcel? —preguntó cuando dejaba la jarra de espumeante cerveza a mi lado.

—Así es.

—Me lo ha contado el viejo Perrin Nelson; acaba de marcharse.

Katy parecía estar de vuelta de casi todo y haber estacionado su vida en una vía muerta, donde no se va a ninguna parte y se intenta sacar partido de algún buen recuerdo.

—¿Es amiga de Joe?

—Lo fuimos, en tiempos.

Sus ojos claros, mitad tristes, mitad cansados, volvieron a recuperar el brillo, que sin duda, tuvieron años antes. Fue como una vuelta atrás al calendario.

—¿Y ahora no lo son?

—¿Ha venido a tirarme de la lengua?

—Si usted no hubiese mencionado a Joe, tampoco yo lo hubiera hecho.

—¿Va a decirme que ha entrado aquí por casualidad?

—Porque el coche está ardiendo y tengo sed.

—Esa chica con sus aires de niña bien, venida a menos, lo apartó de mi lado... Claro, tampoco es cuestión de echarle a ella toda la culpa, no sería justo, Joe ya es mayorcito. ¿Ha hablado con ella?

—Sí. Si se está refiriendo a Nora.

—Joe y yo vivíamos juntos, ¿sabe? Nunca salió a relucir la palabra matrimonio entre nosotros, pero tampoco hacía falta. Mis padres acababan de morir, dejándome esto. No se hace una rica, pero da para vivir... Le propuse a Joe que dejase su trabajo del restaurante y viniera a ayudarme, pero apareció la niña, y todo se fue al garete.

—¿Supone que Joe y ella si han mencionado la palabra matrimonio alguna vez?

—Naturalmente que sí. Tenía que haberlos visto juntos, cogidos de la mano, haciéndose arrumacos como dos pichones... Claro, yo le digo todo esto y usted pensará: Está celosa.

—¿Y no lo está?

—Los celos existen cuando se descubre que el hombre con quien se convive te la pega con otra, pero si se larga con ella y te deja plantada, lo que se siente es rabia... Ese estúpido se ha metido en un lío del que le va a ser muy difícil salir.

—En efecto, muy difícil —admití apurando la jarra.

—¿Quiere otra?

—No, no podría con ella.

—¿Cómo está él, usted lo habrá visto hace poco?

—Confundido y asustado, como estaría cualquiera en su situación.

—Joe no tiene una moral demasiado fuerte. En algunos aspectos es como un niño grande. Más corazón que cerebro; más voluntad que inteligencia.

No había que ser un experto en psicología para comprender que Katy lo seguía queriendo. Si Nora lo abandonaba alguna vez, ella se encargaría de recoger y recomponer los pedazos.

—...Sé cómo se sentirá, lo conozco bien. ¿Sabe si ella va a verlo?

—Eso me ha dicho.

—Escuche, me han querido comprar esto varias veces, la última me ofrecieron veinticinco mil dólares, creo que podré conseguir hasta treinta... Estoy dispuesta a dárselos si lo saca de ahí, pero con una condición: El no debe saberlo nunca.

—¿Y usted?

—Saldré adelante —dijo encogiéndose de hombros.

—Joe cuenta con buenos y excelentes amigos, pero tiene, al menos, un enemigo: quizá usted sepa algo al respecto.

—¿Si yo supiera algo cree que hubiese esperado hasta ahora para soltarlo?

—Quien preparó todo para que Joe cargase con el asesinato de los Vanini, puede ser un desconocido, pero también puede ser alguien que se la tiene jurada desde hace tiempo, por alguna razón.

—Hace algunos años yo hubiese titubeado en señalar a cierto tipo con el dedo; me refiero a cuando Joe y yo estábamos juntos. El pollo en cuestión andaba metido en negocios turbios. Me estuvo acosando una temporada, prometiéndome el oro y el moro. Cuando comprendió que no había nada que hacer, me soltó. Yo no se lo dije a Joe por temor a lo que pudiera hacer... Pero, ya le digo, hace tantos años...

—¿Cómo se llama ese individuo?

—Walter. Walter Rogers... Vivía por Roa Street, aquello era su casa y cuartel general, no sé ahora.

—Eso está cerca, puedo echar un vistazo.

Media hora después estaba allí.

No pude llegar más a tiempo.

La entrada a la casa de Walter Rogers estaba rodeada de coches suntuosos, incluido un Rolls. Tipos de oscuro entraban en la mansión con cara sombría, saludándose en silencio. Yo también iba de oscuro, así que pude colarme con facilidad.

En el centro de una amplia estancia rodeado de coronas y más de cien cirios se hallaba un gran féretro descubierto, ocupado por un tipo canijo, de torcido peluquín y pintarrajeado como una vieja corista.

Los tipos de oscuro pasaban, lo contemplaban unos segundos, pronunciaban algo en voz baja, o lo fingían, y se aproximaban a una mujer enlutada a quien besaban la mano, respetuosa y ceremoniosamente.

La mujer era una encantadora rubia a quien calculé unos veintitrés o veinticinco años.

Como me pareció que su mano ya debía albergar suficiente cantidad de bacilos, le estampé un beso en cada mejilla, ella abrió asombrada sus ojazos verde mar, pero no dijo nada.

En la estancia contigua habían aperitivos y bebidas a tutiplén. Entre bocado y copa, oyendo un poco aquí, un poco allá, pude enterarme de lo que me interesaba.

El muerto era Walter Rogers, llevaba cuatro meses casado con la rubia enlutada; tres de ellos —los últimos, como es lógico—

sumido en un coma profundo y su joven señora más de seis liada con un hijo de Walter, habido de su primer matrimonio.

Estaba claro que allí no se me había perdido nada.

CAPITULO IV

Para llegar hasta la puerta de la cocina había que entrar por una calleja de escaso tránsito. Las aceras se hallaban invadidas por enormes cubos de basura. Por lo que pude observar, los gatos y las ratas del barrio, habían firmado un pacto de no agresión y se ignoraban mutuamente.

Me las arreglaré para aparcar el coche frente a la puerta. Junto al timbre había un letrero: «Ristorante Vanini».

La cerradura era de las que se pueden abrir con una simple horquilla del pelo, y yo iba mejor provisto que todo eso.

No debí tardar ni dos minutos en abrir y entrar.

Preferí no utilizar la luz y encender mi linterna de bolsillo.

Los tapetes a cuadros rojos y blancos tenían cierta cantidad de polvo. Eso me hizo recordar que pronto se cumplirían dos meses de lo sucedido.

Al parecer, nadie se había ocupado de limpiar la sangre, ni tampoco de borrar los trazos hechos con tiza, indicando la situación de los cuerpos.

Detrás del mostrador, una escalera de caracol discretamente oculta por una cortina, conducía a las habitaciones. Estas eran tres, amén de un cuarto de baño. Una de ellas utilizada como almacén y cuarto de trastos. Otra, la que debió pertenecer al chico de los Vanini, muerto en Vietnam años atrás. Banderines unidos con chinchetas en las paredes, revistas deportivas, novelas, varios libros de poesía, un televisor portátil, un balón de rugby... En el armario, un par de trajes bien conservados aunque pasados de moda y algunos pantalones y camisas, además de dos cajones de ropa interior. Todo parecía indicar que el joven Tonino había ocupado su cuarto recientemente.

La tercera habitación, algo más amplia que las dos anteriores, era la del matrimonio Vanini.

Sobre una de las mesillas de noche había un marco dorado con la fotografía de un muchacho moreno, de regular estatura, al parecer, y pelo ensortijado, vistiendo chandal, con un balón de rugby entre las manos: Sin duda era Tonino.

Conociendo lo poco cuidadosos que suelen ser los chicos de Homicidios cuando realizan un registro, estaba claro que la gente de Hansen no había estado allí. Para aquel tipo la culpabilidad de Joe Reinaldo era algo tan fuera de toda duda, que no precisaba de más averiguaciones.

En uno de los cajones de la mesilla, debajo de algunos pañuelos, un envoltorio conteniendo alrededor de dos mil dólares

y junto a éste, una caja de chocolatinas de fabricación italiana, guardando un pequeño paquete de cartas. Leí brevemente el contenido de algunas de ellas.

Todas eran de Tonino, fechadas en Saigón.

El chico escribía sus cartas con absoluto desenfado, sin hablar de la guerra ni de nada que pudiera hacer pensar a sus padres, que lo estaba pasando mal.

«...No hacemos otra cosa que tomar el baño, jugar al rugby y beber cerveza...»

«Hemos estado pescando en un río cercano al campamento. Un vietnamita nos ha explicado que debíamos envolver el pescado con las hojas aromáticas de cierto arbusto que crece en la orilla. Eché en falta el aderezo que prepara mamma...»

«...fue el cumpleaños de un compañero. Organizamos una pequeña fiesta en el campamento. Conseguimos hacer una tarta con puré de patata, azúcar y chocolatinas... Algunos se vistieron de mujer; había que verlos con falda corta y botas de campaña, intentando imitar a Marilyn Monroe...»

También había un telegrama remitido por el Ejército, cuyo breve texto debía ser idéntico al recibido por miles de madres y esposas. Un tal coronel Anderson, comunicaba la «muerte en acto de servicio del soldado de primera: Tonino Vanini D'Fiore».

Pero había algo más, cierto número de notas breves escritas en simples hojas de bloc. Letras apretadas y desigual, redactadas quizá con más nerviosismo y premura que las anteriores. Ninguna de ellas llevaba fecha y estaban firmadas por una simple T.

La lectura de la primera, me llevó a leer de arriba abajo las demás.

«Os aseguro que no podía más, he visto morir a demasiados camaradas...»

«Algún día podré abandonar Suecia y volver a vuestro lado...»

«...Ya sé que os estoy obligando a realizar un gran sacrificio pero, ¿qué puedo hacer? Acabaría con mis huesos en un penal, o incluso frente a un pelotón de fusilamiento...»

«...Mi amigo fue herido de consideración en una pierna y lo licenciaron. Me ayudó a escapar de aquel infierno con gran riesgo de su propia vida, cambiando mis señas de identificación por las de un soldado muerto...»

«...Dentro de ese plástico negro que no os permitieron descubrir y enterraron con mi nombre, había otra persona...»

«No necesito decirlos que debéis confiar en mi amigo plenamente; haced cuanto os diga, le debo tanto...»

«...He estado un poco enfermo y he tenido más gastos de los previstos. Tengo algunas deudas...»

Según aquellas esquelas, el hijo de los Vanini estaba vivo y coleando en algún lugar de Suecia, pese a que el Ejército lo tuviera contabilizado entre sus bajas.

Naturalmente salí del «Ristorante Vanini» llevándome toda aquella correspondencia.

* * *

Escribí al Departamento de Estado —«Sección, Bajas de Guerra»— remitiendo una fotocopia del telegrama que anunciaba la muerte de Tonino Vanini, y solicitando las señas de alguno de sus antiguos compañeros de armas, en particular, de algún testigo presencial de su muerte.

El pretexto que argüí para obtener tales informes fue el de agilizar un asunto relativo a la herencia legada por los padres del propio Tonino. No entré en más detalles.

Si llegaba a conocimiento del sargento Hansen que estaba haciendo uso de unas cartas escamoteadas de la habitación de los Vanini, podía pasarlo tan mal como el propio Reinaldo. Pero era un riesgo que no tenía más remedio que correr.

No tardó en llegar la respuesta del Departamento de Estado. Milagros de la electrónica.

Me confirmaron la muerte de Tonino Vanini D'Fiore facilitándome, al propio tiempo, las señas de tres soldados, testigos presenciales del hecho.

Uno de ellos vivía en Sacramento, así que llené el depósito de gasolina y fui para allá.

Horas después aparcaba el Dodge frente al número y la puerta indicados. Pregunté a una chica que paseaba a su perro, antes de pulsar el timbre.

—Ese señor era vecino mío, murió la semana pasada en un accidente de ferrocarril.

Otro, un tal Glenn Gardner, se hallaba interno en un sanatorio psiquiátrico de Denver. Pensé que era mejor no molestarlo, salvo que fuese estrictamente necesario.

Edgar Taylor era el número tres. Vivía en Miami. El viaje era largo, por tanto decidí asegurarme de que lo iba a encontrar allí.

En la Central Telefónica me facilitaron una guía de la ciudad. Después de llamar a varios números, di con el padre de alguien que se llamaba Edgar Taylor y había combatido en Vietnam.

—Mi hijo para poco en casa. Si desea hablar con él lo encontrará en un lugar llamado «Paraíso». Está por West Flagler Street.

Llegué a Miami bien entrada la noche.

Cuando dije al taxista adónde quería ir volvió la cabeza para mirarme atentamente.

—¿Ha estado antes en ese lugar? —preguntó.

—No. Voy por indicación de mi consejero espiritual.

—¡Dios mío; adónde vamos a parar! —dijo en voz baja.

Se llamaba «Paraíso» como podía llamarse cualquier otra cosa; «Caos», por ejemplo.

Desde luego si el propietario acababa en la ruina no sería a causa de los gastos de electricidad.

Tuve que esperar a que mis pupilas se adaptasen a la penumbra reinante. Los cuerpos se movían al ritmo de una música que parecía salir de todas partes. Se bailaba con camisa o sin ella. Tatuajes en los brazos, en la espalda e incluso en algunos senos. La mayoría de las parejas practicaban la respiración boca a boca; otras, ya habían superado esa etapa preliminar y andaban camino del propósito definitivo.

Salvé aquella barrera de cuerpos entrelazados que apestaban a sobaco, a porro y a colonia de dólar el frasco, y alcancé la barra.

La atendía un tipo alto, de camisa floreada y más pintura en la cara que un apache en pie de guerra. De su cuello colgaba una svástica pintada de color rosa, cualquiera sabe por qué.

—¡Una cara nueva! ¿Qué vas a beber, cariño? —dijo en cuanto me vio.

—Una cerveza.

Aquello pareció decepcionarlo un poco.

—Tengo algo mucho mejor que eso. Déjame que te sorprenda.

Estuvo unos minutos agitando cosas en una coctelera y haciéndome guiños picarescos. Me pregunté si no sería LSD, uno de sus ingredientes.

—Pruébalo y dime qué te parece.

Sus ojillos que brillaban como dos luciérnagas, apuntaban a mis pupilas mientras aguardaba impaciente la respuesta.

Aquello tenía algo de tequila, ron de Jamaica, y crema de coco; había probado algo parecido en más de una ocasión.

—¡Auténtico néctar de dioses! —exclamé exagerando lo mío.

—Sabía que te gustaría... —dijo hecho un flan.

—Oye... —comenzó a decir mientras aproximaba a la mía su perfumada cabeza y la esvástica se introducía de lleno en mi copa —. Dentro de media hora termino aquí, conozco un sitio donde podemos pasarlo muy bien...

Aquel tipo creía haberme seducido con sus encantos y su brebaje. Pensé llegado el momento de desilusionarlo.

—Estoy aquí porque necesito mantener una parrafada con Edgar

Taylor.

—¡Oh! ¿Buscas a ése? Ahí lo tienes, con esa furcia de las tetas pintadas en forma de flor.

Tuve que hacer esfuerzos visuales para localizarla.

En torno a sus senos redondos y pequeños, pintados de amarillo, se reunían infinidad de hojas blancas, dibujadas con cierto sentido de la proporcionalidad e imitando con bastante acierto, dos hermosos girasoles. Luego me fijé en su pareja. Un tipo alto y melenudo que usaba gafas cuadradas, de montura metálica, llevaba un chaleco negro desabrochado, como los usados por su bisabuelo, y un pantalón violeta.

—¿Edgar Taylor? —pregunté cuando estuve lo bastante cerca de ellos.

—¿Eres policía?

—No.

—Sólo a uno de la pasma se le puede ocurrir entrar aquí llevando traje azul claro y corbata... Es, como un uniforme.

La chica se había apartado de él sin dejar de mover el esqueleto y sus bonitos girasoles, se me aproximó sonriente.

—¿Qué buscas de mí? —preguntó él.

—¿Recuerdas a Tonino Vanini? —pregunté.

Tuve la impresión de haber nombrado la sogá en casa del ahorcado. Su pareja me había cogido por las solapas de la americana intentando que me adaptase a sus movimientos.

—¡Déjalo! —ordenó.

Me soltó como si acabase de saberme en posesión de una enfermedad contagiosa.

—¿Quién demonios eres? ¿Y a qué viene eso de preguntar por alguien muerto lejos de aquí, hace más de mil años?

—Sólo dos —comenté.

—Eso es toda una eternidad, amigo.

—¿Estabas a su lado cuando ocurrió?

Puso sus huesudas manos sobre mis hombros y dijo:

—¿No pensarás que vas a venir aquí, hincharme a preguntas y largarte sin decir quién coño eres y qué andas buscando?

—Mi nombre es Pat Monroe. Los padres de Tonino han muerto dejando un pequeño restaurante. Antes de proceder a la localización de posibles herederos necesito una confirmación sobre la muerte del heredero directo, o sea, el propio Tonino. Por eso estoy aquí —dije satisfecho de haber hilvanado una mentira con ciertos visos de verdad.

—Vamos a la barra —dijo después de unos segundos de reflexión.

Mi amigo el de la barra se aproximó a nosotros. Trajo un par de

dobles para Edgar y su chica. Junto a mí dejó el combinado de marras.

—Una confirmación —oí decir a Taylor, como si pensase en voz alta—. Entramos en un terreno minado, ¿te imaginas lo que es eso? Tonino pisó una de ellas... Quedó totalmente destrozado, de cintura para abajo. Otro de los que participó en eso está en una clínica psiquiátrica; seguramente nunca saldrá de allí. ¡Ahí tienes tu maldita confirmación!

—¿Era amigo tuyo?

—El mejor... Cuando volvíamos a retaguardia, escribía cartas interminables a sus padres, llenas de mentiras. Y poemas... Sí, como lo oyes. La mayoría hablaban de lagos tranquilos, verdes prados y chicas de ensueño... Puede que no fueran nada especial, que carecieran de calidad, pero a todos nos gustaba leerlos... No sé qué sería de ellos, supongo que acabarían desparramados por el campo minado... Tonino era soñador; nos hacía soñar también un poco a todos. Si ninguno de nosotros estaba hecho para la guerra, él menos que nadie. ¿Y sabes lo más trágico? Poco después de su muerte se firmó el armisticio.

Bebió su whisky de un solo trago. Sus ojos quedaron fijos en el fondo del vaso.

—Edgar, cariño, todo eso pasó hace tiempo; tú mismo acabas de decirlo. ¡Y usted! —dijo mirándome con rencor—, ¿no tenía otra cosa que hacer que venir a desenterrar malos recuerdos?

—Déjalo. El no sabe lo que fue aquello. Nadie que no haya estado allí puede siquiera imaginarlo...

La chica le ofreció su propio whisky que él rehusó.

Bajo su ropa estrafalaria palpitaba el corazón de un hombre joven, con más experiencia acumulada sobre sus espaldas de la que podía soportar.

—Cuando regresé —continuó—, quise visitar a los padres de Tonino; él hablaba a menudo de ellos, pero ¿qué podía yo decirles? ¿Que había visto a su hijo saltar por los aires? Ellos me harían preguntas y yo no podría mentirles. Entonces pensé en escribirles una carta, pero me encontré con el mismo problema. No sabía cómo explicarlo para que la muerte de Tonino les pareciera menos terrible, menos dolorosa. Supongo que no existen palabras para algo así... Esto me llevó a abandonar la idea.

Pagué las tres consumiciones. El tipo de la svástica se preparaba para salir.

—Mi propuesta sigue en pie —dijo.

—Lo siento, mi novio podría enfadarse, es cinturón negro.

CAPITULO V

Provisto de la lupa, estuve haciendo comprobaciones entre las primeras cartas de Tonino y las posteriores, redactadas en simples hojas de bloc. No soy precisamente un experto en grafología, pero advertí algunas diferencias.

George Ayer, era el hombre que podía aclararme el intríngulis.

George realizaba pasatiempos para los periódicos y colaboraba en una revista cuyo tema principal era la grafología. Se le consideraba un erudito en la materia.

Me abrió la puerta una criatura preciosa de largos y sedosos cabellos rubios, blusa blanca y falda granate.

—¿Sigue viviendo aquí George Ayer? —pregunté absorto en sus ojos azul cielo.

—¡Pat!

La guapa chica me echó los brazos al cuello y me estampó un beso en la mejilla.

Entonces recordé que George, viudo desde hacía años, tenía una hija llamada Helen.

—¡Helen! Te recuerdo con calcetines cortos y un corrector de dientes.

—De eso hace tiempo. Anda, mírame ahora, ¿crees que tengo algo que necesite ser corregido? —dijo dándose la vuelta para que pudiera admirarla.

—Ya veo que no —aprobé riendo.

Me cogió de la mano y tiró de ella.

George se hallaba frente a una mesa atestada de libros. Era un hombre de estatura media, de cabello encanecido y escaso.

—¡Hola, Pat! De modo que tú eres el motivo de ese alboroto... Anda, siéntate... Helen, prepara a Pat algo de beber; será una excusa para que yo también tome algo.

—¿Coñac? —preguntó Helen.

—Estupendo —aprobé.

—Quizá he venido a molestarte cuando más ocupado estás...

—Nada de eso. La gente parece haber perdido interés por los pasatiempos, ahora les da por lo electrónico... Afortunadamente con la grafología pasa lo contrario.

—Precisamente vengo a consultarte algo sobre este tema.

Helen hizo su aparición portando una bandeja con tres copas.

—¿Para quién demonios es la tercera copa? —preguntó su padre.

—Vamos, papá, puedo beber un poco de alcohol de vez en cuando, ya no soy una cría... Si hubieras visto cómo me miraba Pat cuando le he abierto la puerta.

Me sentí como si acabase de pillarme la mano en la puerta del

ascensor.

—Me ha costado reconocerla —logré articular.

Minutos después, George estudiaba minuciosamente las cartas.

—La escritura de las cartas y la de esas hojas de bloc han sido realizadas por personas distintas. ¿Ves por ejemplo esta ele, inclinada hacia la derecha? Observa, ahora esta otra; también han querido inclinarla hacia el mismo lado, pero la natural tendencia a trazarla justo en sentido contrario, es decir, inclinada hacia la izquierda, ha conducido al imitador a escribirla casi vertical... Y en el mismo caso está la te...

Algo empezaba a aclararse en aquel embrollado asunto: Alguien sin ningún tipo de escrúpulos había hecho creer al matrimonio Vanini que su hijo estaba vivo, oculto en algún lugar de Suecia. El motivo no podía ser otro que sacarles todo el dinero posible.

Relacionar aquel descubrimiento con el asesinato de los viejos y demostrar que Joe Reinaldo no tenía nada que ver en el asunto, era harina de otro costal.

Agradecí a George su inestimable ayuda.

Helen me acompañó hasta la puerta. Quise darle la mano, pero ella volvió a echarme los brazos al cuello. Su beso de despedida fue en los labios.

Quizá el beso más largo y menos casto de mi vida.

—¿No es así como besas a tus amiguitas? —preguntó.

—A ellas no les he echado talco en el culito cuando eran pequeñas.

Helen hizo un estudiado mohín de disgusto.

—¿Qué culpa tengo yo, de haber nacido veinte años después que tú?

—Veinticinco —rectifiqué.

—No me vas a convencer, Pat, he tomado una decisión.

—¿Qué decisión?

—No tardarás en saberlo...

* * *

El cristal de la puerta estaba hecho añicos, disperso por el suelo.

Un destornillador de regular tamaño usado como palanqueta habla servido para abrir los cajones de la mesa. El contenido de éstos se hallaba desparramado sobre la mesa. Ningún ratero profesional se responsabilizaría de semejante chapuza.

Mi extraño visitante, no andaba a la búsqueda de esos papeles verdes que emite el gobierno, eso me pareció lógico desde el principio. Todo el mundo sabe lo escurrida que anda la cartera de un sabueso privado.

Me entretenía en devolver las cosas a su sitio cuando sonó el

teléfono.

Apenas pegué el auricular a la oreja, un golpe en el occipucio, propinado con contundencia justa, me dejó fuera de combate.

No debí tardar mucho en regresar al mundo consciente, pero al intruso le bastó para encontrar en el bolsillo interior de mi americana las cartas que poco antes había estado examinando George Ayer.

Mientras me servía un whisky con abundante hielo, intenté encontrar una explicación razonable a lo sucedido.

Evidentemente, alguien me había estado pisando los talones desde el principio. Sólo de este modo pudo saber —o sospechar—, que yo estaba en posesión de esas cartas; por tanto conocía la existencia de las mismas. Lo cual me conducía directa e inequívocamente hasta el autor de la falsificación.

Recordé mi breve charla con el paraplégico: «...se comportaban como si Tonino estuviese de viaje y fuera a regresar de un momento a otro...» Reinaldo lo había comentado con su amigo. Era imprescindible que yo conociera más a fondo el asunto.

* * *

Joe Reinaldo parecía más animado.

El celador que nos acompañaba en aquella ocasión, era grande, gordo, de rostro afable y masticaba chicle con fuerte olor a menta.

—Nora ha venido a verme —fueron sus primeras palabras.

—¿Por qué no hablaste de ella el otro día?

—No lo sé... Estaba nervioso y muy asustado... Perdona, Pat, pero llegué a pensar que te habías olvidado de mí.

—He estado pegando la hebra con tres amigos tuyos: Katy, Perrin Nelson y un paraplégico.

—Ese es Gary, nos conocemos desde críos.

Tuve la impresión de que Joe no tenía ningún interés por hablarme de Katy, y lo dejé correr.

—Eso me dijo. Y también que tú le contaste en cierta ocasión que los Vanini se comportaban como si el chico no hubiese caído en Vietnam.

—Sí... Pero, ¿de qué puede servirte saber eso? —preguntó Joe con la decepción reflejada en el rostro.

—Explicártelo me llevaría demasiado tiempo. Es mejor que me cuentes cuanto puedas del asunto.

Joe Reinaldo asintió mansa y resignadamente.

—Está bien... El comportamiento de los viejos me hizo pensar que la muerte de Tonino les había hecho perder la chaveta; que vivían en el engaño, negándose a aceptar los hechos... Pero los observé atentamente. Como te dije la otra vez, yo hacía un poco de todo;

incluso ayudaba algunas veces al señor Rómulo a atender las mesas... Una tarde entró un fulano cuando estábamos a punto de cerrar, el viejo Rómulo fue corriendo a atenderle, como si fuera el presidente en persona...

—Descríbemelo —interrumpí.

—Era un hombre joven, moreno, ojos como el azabache, mandíbula cuadrada, cojeaba un poco de la pierna izquierda...

—¿Joven? ¿Más o menos de la edad que tendría ahora Tonino?

—Sí —respondió. Y aguardé la inevitable pregunta.

—¿Por qué dices eso?

—Sólo por establecer una comparación —respondí seguro de no haber aclarado absolutamente nada—. Supongo que no será la única vez que lo viste aparecer por el restaurante.

—Claro que no, es lo que iba a decirte: El tipo en cuestión llegaba siempre a la misma hora, incluso alguna vez cuando estaba puesto el cartel de «Cerrado» en la puerta. Pero siempre era bien recibido. La señora Vanini salía a hablar con él... Y mira por donde, precisamente entonces, siempre me encontraban alguna ocupación en la cocina.

—¿Quieres decir que intentaban librarse de ti cuando llegaba ese pollo?

—Sí, eso quiero decir.

—Por lo visto trataban algo que no querían que tú supieras. Alguna idea tendrás sobre el asunto, ¿no?

—Al principio estaba ofendido y confuso, hasta que una frase oída accidentalmente a la señora Vanini me llevó a reflexionar sobre el asunto: «He preparado un plato de espaguetis a la Pocatello, tengo el presentimiento de que hoy vendrá Glenn con noticias...» No sé por qué se me metió en la cabeza que estaban intentando traer a alguien de Italia, un sobrino, seguramente... Después de todo, era lo más natural, se habían quedado solos... Y por lo visto ese Glenn era el encargado de llevar a cabo el asunto.

—¿Te refieres a traer a alguien ilegalmente de Italia?

—Sí.

—¿Y qué harían luego con él? ¿Tenerlo encerrado todo el tiempo para que nadie lo viese?

—También yo pensé en ello, y estuve a punto de desechar la idea, pero cuando el viejo Rómulo me hizo pintar el cuarto de Tonino, volví a darle vueltas a lo mismo, y ahora estoy casi seguro de que era ése el motivo.

El celador dejó de mascar chicle para decirnos:

—Les ruego que se den prisa, pasan más de cinco minutos del tiempo.

—Sólo una pregunta más: Cuando entraste en el restaurante,

después de oír los disparos, te golpearon en la cabeza, ¿dónde exactamente?

Reinaldo se palpó el occipucio.

—Justo aquí...

—Oye, Pat —preguntó Reinaldo cuando me encaminaba hacia la puerta—, sé que estás haciendo lo imposible por sacarme de aquí, pero, ¿cómo va todo? ¿Haces progresos?

—Es demasiado pronto para aventurar nada, Joe... Debes tener paciencia. Confía en mí.

* * *

Glenn Gardner era el nombre de uno de los testigos presenciales de la muerte de Tonino, interno en un sanatorio psiquiátrico de Denver, según el Ejército. Por otra parte, un hombre llamado Glenn, de edad parecida a la de Tonino visitaba a los padres de éste, siendo recibido por ellos con cierto secreto, y todo lujo de atenciones.

Las consideraciones a tener en cuenta eran:

a) ¿Se trataba del mismo Glenn?

b) ¿Era este individuo el portador de las falsas esquelas y por tanto autor de semejante estafa?

c) Y en el supuesto de que las dudas anteriores recibieran una respuesta afirmativa: ¿Eran a su vez el asesino del matrimonio Vanini?

CAPITULO VI

Redacté una carta solicitando información sobre el llamado Glenn Gardner al sanatorio en cuestión, y adquirí un nuevo pasaje para Miami. Confiaba en que Edgar Taylor pudiera desvelarme, cuanto menos, la primera de las interrogantes.

Como la salida del avión no se efectuaría hasta cuatro horas después, decidí hacerle una visita a mi amigo el sargento Hansen.

—En el fondo no sé por qué lo recibo a usted. No tengo ninguna obligación de hacerlo —dijo Hansen todo cortesía.

—Soy un ciudadano que paga sus impuestos puntualmente, parte de los cuales van a su bolsillo. En cierto modo usted es un asalariado mío —dije dispuesto a lograr que la adrenalina circulase con fluidez por su cuerpo.

—Así no sacaré a su italiano de la cárcel. Dígame lo que sea y luego lárguese, o lo echaré yo.

—¿Ha considerado otro probable móvil del crimen, y la posibilidad de que Joe Reinaldo no sea el criminal?

El sargento Hansen me miró como si acabase de descubrir un tercer ojo en medio de mi frente.

—Lo que estoy empezando a considerar es su estado mental.

—En nuestro oficio no debe descartarse ninguna hipótesis por absurda que pueda parecer. He hablado con Reinaldo. El asegura que entró después de haber oído los disparos; luego alguien que se hallaba oculto le golpeó y perdió el conocimiento... No creo que tardase menos de diez minutos en volver en sí. Sin embargo el denunciante asegura haber visto salir a alguien inmediatamente después de los disparos...

—¿Y usted cree las palabras de ese individuo?

—Usted ha creído a pies juntillas en las de un tipo que se ha limitado a llamar por teléfono.

—Se equivoca, no he creído en él; he creído en las pruebas: La sangre en la cazadora, las huellas del «Colt», los albaranes...

—¿Y no se le ha ocurrido pensar que todo ha resultado demasiado fácil? Casi tan sencillo como pescar en una pecera. Hansen, a mi modo de ver, ha obrado usted como un chimpancé frente a una rama de plátanos. Les ha hincado el diente sin detenerse a pensar siquiera quién demonios los ha dejado al alcance de su mano, y por qué.

Para Robert Hansen aquello fue demasiado.

—¡Salga de aquí ahora mismo! —exclamó poniéndose en pie y mostrándome la puerta.

—Recapacite, sargento, lo que muchas veces parecen hechos irrefutables terminan por ser un fiasco. Los de arriba jamás le

perdonaran una metedura de pata semejante.

* * *

Apenas eran las seis de la tarde cuando llegué a Miami.

El «Paraíso» estaba mucho más concurrido que la vez anterior. No vi a mi amigo, el de la svástica color rosa, pero sí a la chica de las tetas pintadas como dos girasoles, ocupando una mesa. Llevaba suéter naranja y pantalón verde, en aquella ocasión. Sobre la mesa, junto a un vaso vacío, una de esas bolsas de lona, que suelen llevarse en bandolera.

La vi palidecer en cuanto descubrió mi presencia. Sus dedos se aferraron al vaso; llegué a pensar que acabaría por lanzarlo sobre mi cabeza, pero nada de esto ocurrió.

—¿Cómo te has atrevido a volver? —dijo escupiendo las palabras,

—Necesito hablar con Edgar.

—Ya no podrá contestar a ninguna de tus preguntas. Está muerto.

Tardé algún tiempo en reaccionar.

—¿Muerto...? ¿Cómo ha ocurrido?

—¿Qué importa eso? El estaría vivo si tú no te hubieses dejado caer por aquí haciendo preguntas.

—Explícate.

—No creí nada de aquel cuento chino sobre una herencia, que nos soltaste. Seguro que la verdad es otra bien distinta. Edgar debió dar en la diana cuando dijo que eras un poli.

—Soy investigador privado.

—¡Bah! Viene a ser lo mismo. Vosotros vais a lo vuestro; sois de los que pensáis que el fin justifica los medios.

—¿Cómo ocurrió?

—Al salir de aquí. Edgar se detuvo para encender un canuto de hachís, yo no me había dado cuenta y seguí andando... De no ser por eso, ahora estaría como él... Apareció un Jaguar negro, no sé de dónde, llevaba una velocidad endiablada. Grité pero Edgar no pudo dar un paso. Recibió un golpe en el costado que lo lanzó a varias yardas de distancia, y pasó sobre él... ¡Ese hijo de mala madre no hubiera tenido más que girar un poco el volante para evitar atropellarlo! ¡Fue hecho a propósito!

—¿Qué opina la policía?

—¿Qué puede importar lo que piensen éstos? El coche es robado. Pertenece al propietario de una gasolinera, está por Red Road

Avenue, próxima al campo de golf... Jamás darán con el que lo hizo, a no ser que tú sepas algo...

—¿Pudiste verle la cara?

—No. Los faros del coche me lo impidieron. También a Edgar debieron cegarle.

—El otro día mencionó de pasada a un tipo llamado Glenn, bueno, él no dijo el nombre, sólo que se hallaba en una clínica psiquiátrica, ¿recuerdas si te ha hablado de él en alguna ocasión?

—¿Es ése quien ha matado a Edgar?

—No lo sé.

La chica meditó unos instantes.

—No. A Edgar no le gustaba hablar de nada que le recordase Vietnam, guardaba para sí la pesadilla que fue aquello.

—Quisiera equivocarme, pero si ese tipo del Jaguar piensa que representas un peligro para él, vendrá en tu busca.

—Lo estaré esperando —dijo entreabriendo la bolsa. Dentro había un pequeño revólver de empuñadura nacarada—. Si quieres saber la verdad, he estado a punto de usarlo contra ti.

—¿Cómo te llamas?

—Deborah.

—Gracias por no haberlo hecho, Deborah.

* * *

En un periódico atrasado encontré la noticia del atropello. Como disponía de tiempo decidí pasar por la gasolinera de marras.

—Estoy hasta la coronilla de ese coche, no hace ni dos meses ya me lo robaron unos críos que pensaban huir de casa, ahora esto. Cuando la mujer me aconsejó comprarlo debí haberla estrangulado. Le aseguro que en cuanto me lo devuelvan lo pongo a la venta —comentaba el propietario del Jaguar.

—¿La policía no se lo ha devuelto todavía?

—Andan buscando huellas como locos. Por lo visto han encontrado fragmentos de cuero cabelludo pegados al faro. El golpe debió ser morrocotudo... ¿Y usted, qué es lo que quiere saber exactamente?

—He leído el periódico que su hijo vio cómo se llevaban el Jaguar.

—También yo lo he leído. Espero que no todo lo escriban igual, esos de la prensa... En primer lugar, el chico no es mi hijo, sino un empleado. En segundo, no vio cómo se lo llevaban sino que recordó haber visto a un merodeador y lo relacionó con la desaparición del coche.

—¿Puedo hablar con el chico?

—Ha contado cuanto debía a quien corresponde.

Le mostré mi carnet plastificado al que dedicó una mirada indiferente.

—Eso tiene menos valor que un pase para entrar en el Pentágono expedido por el Kremlin.

Puse dos billetes de cinco dólares sobre el carnet, los cogió, se los echó al bolsillo y llamó al chico que andaba cerca de los surtidores.

—¡Eh, Sam! —luego dirigiéndose a mí—, ¿A qué viene tanto alboroto por un hippie? Esos tipos no nos hacen ninguna falta.

Se secó el sudor de la frente por enésima vez. Le hubiera escupido en la cara con sumo placer, pero me aguanté las ganas.

—Sam, explícale a este señor cómo era el tipo que viste merodeando por estos andurriales.

—Llevaba vaqueros y camisa azul, moreno, delgado... Cojeaba un poco...

San hablaba de carrerilla. Sin duda estaba hasta el gorro de repetir lo mismo a la policía, a los amigos y a multitud de clientes.

—Le acabo de dar diez pavos a tu patrón; cinco son para ti.

El rostro de Sam se iluminó. Su jefe me miró como si acabase de matar a su padre.

Poco después de abandonar la gasolinera se detuvo un vehículo a mi altura.

—¿Taxi, señor? —se ofreció un tipo sonriente, con enorme gafas de sol, asomando la cabeza y la gorra por el hueco de la ventanilla.

—Lléveme al aeropuerto —dije abriendo la portezuela.

Apenas me senté el taxi arrancó como si un fulano con una bandera nos hubiera dado la salida.

Dejamos atrás una larga avenida de palmeras a orillas de una playa paradisíaca, sólo para millonarios, en un tiempo récord; el vehículo hizo a continuación un extraño viraje y se detuvo en seco. Estábamos a cuatro pasos de un letrero de enormes proporciones que anunciaba la proximidad de un hotel. El chófer soltó una imprecación, descendió y abrió el capó.

—¿Puede venir un momento, señor? —le oí decir.

—¿Qué diablos ocurre? —pregunté.

Pero no obtuve respuesta.

Salí con el convencimiento de que mi intervención no iba a servir absolutamente para nada.

—¿Quiere sostener este tubo? Sólo será un par de minutos.

Conocía lo suficiente sobre coches para saber que sujetar el tubo conductor del combustible era tanto como no hacer nada, mas

aun así, mordí el anzuelo como un idiota.

Apenas me incliné para sostener el conducto, un golpe en el occipucio me sumió en la inconsciencia.

Sentí al despertar un fuerte escozor en la nariz y garganta, inmediatamente seguida por accesos de tos y ahogo.

En cuestión de décimas de segundo comprendí cuál era mi situación: Estaba atado de pies y manos, sentado sobre una silla. Me habían puesto un plástico en torno a la cabeza —presumiblemente, una bolsa—, y una tubería de goma se iba a encargar de llenarme los pulmones de gas.

A través del plástico, pude ver que me hallaba en una habitación ocupada por una cama y un armario, pero toda mi atención fue acaparada por la ventana que tenía enfrente. El tupo de goma estaba unido al conducto existente en la pared... (Como digo, todo esto lo advertí en mucho menos tiempo del que se emplea en narrarlo.) Entretanto iban en aumento los accesos de tos y la amenaza de asfixia. Logré ponerme en pie y dar algunos saltos, calculo que tres o cuatro. Con el último perdí el equilibrio, caí sobre los cristales, haciéndolos añicos con mi peso y precipitándome al vacío. Después de un breve recorrido, víctima de la gravedad, tropecé con algo blando, rodé sobre ello algunas yardas y me convertí de nuevo en objeto de caída vertical, hasta ser interrumpido por la techumbre de un carromato.

Alguien se hizo pronto dueño de la situación arrancándome el plástico de la cabeza. El aire más o menos puro de la ciudad inundó mis pulmones.

Minutos más tarde, supe que debía la vida a la marquesina del hotel, que había frenado mi caída, al techo de un carromato de perros calientes, y al transeúnte que me liberó del plástico.

Desde el primer momento me fue simpático aquel policía. Vestía pantalón corto, camisa a flores y un jipijapa propio de un espantapájaros. A juzgar por la redondez de su vientre, le gustaba más el bistec con patatas que la sopa de verduras.

—El conserje del hotel dice que un amigo suyo lo traía poco menos que en volandas; que estaba usted en posesión de una cogorza de cuidado, y que eso ocurrió minutos antes de caer del segundo piso como un meteoro.

—¿Y usted qué opina?

—Ni ese cojo es amigo suyo, ni era una cogorza, eso está claro. He visto el tubo de goma arriba... Por suerte no se le ha ocurrido a nadie encender un fósforo.

—¿Cojo? Eso aclara un montón de cosas —dije pensando en voz alta.

—Conocido suyo, por lo que veo.

—Se llama, al menos eso creo, Glenn. Es presunto autor de, por lo menos, tres asesinatos... Hay un pobre infeliz ocupando su puesto en la cárcel. Me he impuesto la tarea de poner las cosas en su justo lugar —respondí sin mencionar para nada a Edgar Taylor y el motivo de mi presencia allí.

—Al parecer es un individuo con recursos, ¿cómo se las arregló para llegar hasta usted?

—Haciéndose pasar por taxista; simuló una avería en el motor, me llamó para que le echase una mano y me atizó en la cabeza.

—Lástima que usted no advirtiese que el falso taxista era cojo.

—Para bajar del coche y llegar hasta el capó apenas son necesarios tres o cuatro pasos. Además yo estaba dentro del coche.

El policía asintió mientras jugueteaba con la paja suelta de su sombrero. Parecía estar dándole vueltas a una idea; finalmente la soltó:

—La cosa parece una guerra entre usted y ese individuo, como si los demás no contásemos.

—En cierto modo es así. Soy el único que está al tanto de algunas de sus hazañas, y puedo llegar a probarlas con un poco de suerte.

—Entiendo... Eso significa que si usted decide abandonarnos, nuestro enemigo hará lo propio.

—Probablemente — admití.

—Y usted piensa irse, ¿no es así?

—En el próximo avión... Por cierto, me pregunto qué habrá sido del verdadero taxista.

—Lo encontramos hecho un ovillo en el maletero, pero vivo... Si usted quiere, yo mismo lo acompañaré al aeropuerto.

Su coche era un jeep descubierto. Se encasquetó el jipijapa hasta las orejas y partimos.

CAPITULO VII

No hice más que empujar la puerta de cristal velado, repuesto recientemente, y éste cedió. Me aparté de un salto mientras buscaba el arma en mi sobaquera. Sólo cuando estuve seguro de que mi revólver estaba listo para disparar, arriesgué la mano introduciéndola en la pequeña abertura dejada por la puerta, para pulsar el interruptor.

Nada pareció moverse dentro. Aguardé cosa de medio minuto, antes de plantarme de un nuevo salto, frente a la puerta, y empujarla con el pie. Continuaba el silencio. Sin embargo percibí un perfume que no me era en absoluto familiar.

De cuatro zancadas crucé la distancia que me separaba de la mesa de mi despacho. Desde allí podía dominar las dos puertas restantes —ambas cerradas—, la que comunicaba con mi cuarto de baño y con mi habitación.

Creí oír un levísimo ruido en la habitación, como si alguien se hubiera apoyado ligeramente sobre la cama. Corrí, le aticé una patada de aquí te espero a la puerta, y entré echándome al suelo.

Percibí con mayor intensidad el mismo perfume, pero no tardé ni diez segundos en conocer su procedencia.

—¿Eres tú, Pat? —dijo una voz femenina desde la cama. Sabía de quién se trataba mucho antes de pulsar el botón de la lamparita de noche.

—¡Helen! ¿Qué demonios haces aquí?

Creo que aquélla fue la pregunta más idiota que he hecho en mi vida.

Abandonadas sobre una silla estaban, su blusa blanca, la falda granate, y unas bragas malva. Un zapato próximo a la puerta; el otro, ¿quién sabe dónde?

—He venido a quedarme —respondió.

—¿Qué? ¡Oye, a ti te falta un tornillo! Anda, vístete, Helen, comprende que...

—No adoptes ese tono paternalista, Pat, no es tu papel.

—Pero, ¿qué mosca te ha picado de repente? No recuerdo haberte visto desde...

—Un trece de octubre, hace cuatro años —interrumpió Helen.

Cuando sus ojos azules se posaron en los míos, tuve el presentimiento de que estaba a punto de perder mi primer round.

—¿Me vas a disparar?

No había advertido que aún llevaba el revólver en la mano. Inmediatamente lo devolví a la funda.

—Helen, tienes que ser razonable, tu padre y yo nos conocemos desde que llevábamos pantalón corto...

—Le he dejado una nota explicándole todo —dijo interrumpiéndome de nuevo, sin apartar sus pupilas de las mías.

—¿Todo? ¿Qué es todo?

—No temas, no le he hablado de lo nuestro. Eso es mejor que lo hagas tú, los hombres siempre acabáis por entenderos.

—Yo no pienso hacer tal cosa. Además, no existe «lo nuestro», como tú dices... Ni lo habrá, desde luego.

—¿Sabes lo que creo, Pat Monroe? No sólo le tienes miedo a mi padre, me lo tienes a mí también...

«Y sobre todo a mí», pensé.

—En fin, tendré que armarme de paciencia contigo. Mañana mismo empezaré a ordenarte esa leonera que tienes por oficina.

—¡Alto ahí, pequeña! ¡Jamás he tenido ayudante, ni pienso tenerlo, y menos una mujer!

—¿Te das cuenta, Pat? Me has llamado mujer. Es la primera vez que lo haces. Algo es algo.

—Helen — dije haciendo lo posible por serenarme—, vístete o te doy unos azotes, te envuelvo con las sábanas y te llevo a casa. Como lo oyes.

—Seducida, maltratada y abandonada en un mismo día... A papá no le va a gustar.

—Tu padre es mi amigo, no creará eso de mí.

—¿Apostamos algo?

Quise sentarme sin recordar que su ropa estaba en la silla; aparté bruscamente los ojos de aquellas braguitas malva y me senté al pie de la cama. Busqué el paquete de cigarrillos y llevé uno a mis labios. Helen me observaba con aire de triunfo.

—Cuidado, vas a encender el filtro.

Comprendí que no sólo había perdido el round; estaba a punto de perder el combate.

Salí precipitadamente de la habitación dando un tremendo portazo.

Consulté el reloj, eran más de las dos de la mañana. Me serví una copa, encendí un nuevo pitillo y me dispuse a pasar la noche en el sofá.

* * *

Alguien golpeó sin demasiadas contemplaciones el cristal de la puerta. Un policía uniformado me entregó un sobre, después de hacerme firmar un acuse de recibo, y se fue.

El fiscal del distrito, Ian Towers, me citaba a las diez.

Gran escalinata de mármol, varios tipos de uniforme y estrella de siete puntas sobre el pecho, empeñados en saber quién era yo y adónde iba. Finalmente, tres secretarias tecleando. Una de ellas

me llevó hasta la puerta del despacho del fiscal Towers.

Lo encontré sentado tras su imponente mesa de despacho, repantigado sobre un no menos imponente sillón giratorio.

—Sé que lo de la citación no es muy ortodoxo, pero quería hablar con usted cuanto antes, y éste es el mejor sistema de lograrlo —fueron sus primeras palabras. Luego añadió—: ¿Nos habíamos visto antes?

—Hace un par de años parecía usted empeñado en que mi manutención fuera a cargo del contribuyente, por una temporada.

—¿De veras? No lo recuerdo.

—Caso Frank Murray —repuse seguro de que Ian Towers había echado un vistazo a mi historial poco antes de hacerme ir.

—Ahora recuerdo. Endiablado asunto aquel... En fin, todo aquello es agua pasada. Ahora se ocupa usted del asunto Joe Reinaldo, ¿no es así?

—Así es.

—¿Puedo preguntarle si ha progresado en sus investigaciones?

—Siempre que se trate de un intercambio de información, supongo que puede preguntarlo.

—Todo cuanto yo pueda contarle lo sabe usted sobradamente: Mientras no se demuestre lo contrario, Joe Reinaldo es el presunto autor de un doble asesinato. A tenor de las pruebas, el jurado no tendrá grandes problemas para deliberar.

—Si tan seguro está, ¿a qué obedece su interés por mis progresos?

—Ninguna posibilidad de conocer la verdad de los hechos debe ser desestimada.

Aquella era una de tantas frases ambiguas preparadas para ser soltadas en el momento oportuno. Sin embargo, decidí darle al fiscal mi versión de los hechos.

—Quien mató a los Vanini les estuvo sacando el dinero a manos llenas durante una buena temporada. Y no se trata de Joe Reinaldo, desde luego.

—¿De quién, entonces? —preguntó haciendo esfuerzos por disimular su interés.

—No estoy seguro de su nombre —dije rehuyendo ser más explícito en ese tema— pero lo cierto es, que convenció al matrimonio de que su hijo se hallaba huido en alguna parte de Suecia, y no había muerto en Vietnam... Escribió algunas esquelas imitando la letra del joven Tonino con regular habilidad, y los pobres viejos lo creyeron a pies juntillas. Por supuesto, directa o indirectamente, en todas ellas se tocaba el tema, dinero...

—¿Usted puede demostrar eso que acaba de decir? —preguntó removiéndose inquieto en el sillón.

—No.

—Lo suponía —dijo con cierto alivio.

Pero vi florecer de nuevo la alarma en su rostro.

—Sin embargo, usted no habrá hilvanado una historia así como así, tendrá ciertos indicios...

—Cayeron en mis manos algunas cartas. Las auténticas, remitidas por Tonino desde Vietnam, y las falsas. Cualquier experto hubiera podido demostrar y establecer la diferencia entre ambas. De alguna manera comprometían al asesino; no revelaban su identidad, pero sí servían para aportar nuevas orientaciones al caso.

Ian Towers, dio un giro de ciento ochenta grados a su sillón giratorio para encararse con un archivador, tiró de uno de los cajones y apartó algunas carpetas. Apareció como por encanto una botella con el nombre «Napoleón» impreso en la etiqueta, y dos copas. Puede que éstas tuvieran un poco de polvo, pero esto era un detalle sin importancia.

Recuperado el sillón su posición normal, pulsó el botón de intercomunicador.

—Señorita Norton, no estoy para nadie, ni siquiera para mi esposa.

Dicho esto se dispuso a servir el oloroso y preciado caldo.

—¿Supongo que habrá traído esas cartas con usted?

—Supone mal. Ya no están en mi poder.

A Ian Towers se le escaparon unas gotas de coñac que mancharon su preciosa mesa de caoba.

—Alguien entró en mi oficina, me neutralizó de un golpe en la cabeza y se fue con ellas.

—Bien, en ese caso —dijo el fiscal, ofreciéndome una copa—, tengo dos opciones: Una es seguir adelante como si usted jamás hubiese estado aquí contándome este increíble cuento chino. La otra es, conceder cierta credibilidad a sus palabras y obrar en consecuencia.

—Lo único cuerdo en este caso es aceptar la segunda opción —dije después de echarle un tiento al coñac.

—Déme una razón.

—Es usted quien me ha citado, ¿recuerda? Eso me inclina a pensar que, pese a las pruebas acumuladas contra Reinaldo, usted tiene ciertas dudas... Le contaré algo más de esta historia...

A continuación le hablé un tanto sucintamente, de mis peripecias en Miami y de la muerte de Edgar.

—Según usted, ¿cómo se las arregló ese individuo para preparar todas esas pruebas contra Reinaldo? —preguntó el fiscal sin ocultar su interés.

—Supongo que debió matar a los viejos como consecuencia de una discusión; puede que descubriesen la mentira. Ya han pasado dos años... Joe Reinaldo se presentó de pronto, inmediatamente después de escuchar los disparos, entró por la cocina, como era su costumbre, y descubrió al matrimonio muerto. El propio Joe me ha contado que recibió un golpe en el occipucio, apenas se inclinó para observar los cadáveres; ese tipo es especialista en esa clase de golpes, lo sé por experiencia. A partir de ese momento no perdió ni un minuto: borró sus huellas del arma, y puso las de Reinaldo; para ello no tuvo más que cogerle la mano y aferrar los dedos a la empuñadura... Acababa de convertir al pobre Joe en un criminal, pero un crimen sin móvil no se concibe, así que cogió gran parte del dinero de la caja registradora, sin olvidar unos cuantos albaranes, y se los puso a Reinaldo en los bolsillos... Puede que incluso las manchas de sangre descubiertas en la manga fueran obra de ese individuo... Después se limitó a esperar. En cuanto vio salir a Joe del restaurante llamó por teléfono, dijo que había visto salir huyendo a un tipo, poco después de oír unos disparos, dando una descripción bastante detallada de Joe Reinaldo.

Ian Towers había estado bebiendo despaciosamente y asintiendo en silencio. Pensé que alguna idea le estaba dando vueltas en la cabeza.

—¿Otra? —preguntó al tiempo que destapaba la botella—, Creo que es lo único bueno que hacen los franceses.

—Siempre he oído decir que lo mejor de los franceses, son las francesas.

Ian Towers no hizo el menor caso de mi comentario, terminó de servir, separó los dedos índice y cordial para coger la copa, y con ella en la mano, apoyó la cabeza sobre el respaldo del sillón.

—Volviendo a lo nuestro —dijo con los ojos fijos en el techo—, ¿dónde encontró esas cartas?

—Me puedo meter en un buen lío si respondo a eso.

—Por Dios, Monroe, ésta es una charla entre caballeros. ¿O cree usted que ofrezco mi mejor coñac a todo el que viene? Supongo que estaban en el interior de algún cajón, no había más que abrirlo y cogerlas, ¿no es así?

Le mostré mi mejor sonrisa, pero no solté prenda. Con coñac o sin coñac, Ian Towers era el fiscal del distrito, y era mejor no olvidarlo.

—Seguramente a estas horas ese hombre ya sabe que sigue usted con vida —dijo pensativo.

—Por esa razón he aparcado el coche frente a un supermercado, que se encuentra a cuatro manzanas de aquí, he

salido por la puerta trasera y tomado un taxi:

—Ese individuo nos hace falta vivo, ¿ha pensado en eso?

—Es él quien quiere matarme. Debe estar más que arrepentido de no haberlo hecho la primera vez. Por poco lo consigue en la segunda intentona; si logra su objetivo en la tercera, quizá tenga usted suerte y logre encerrarlo por eso.

—Ese no sería precisamente un final feliz; con usted en el Valle de Josafat y Joe Reinaldo en la cárcel... No olvide que todo lo que usted acaba de contarme de ese tipo, es indemostrable hasta el momento. La ley necesita pruebas.

—Eso me recuerda algo que no le he dicho: Reinaldo es zurdo.

—¿Y bien?

—No he tenido ocasión de comprobarlo, pero si nuestro hombre ignoraba este detalle, cosa testante probable, las huellas de Joe encontradas en la empuñadura del «Colt» pertenecerán a su mano derecha.

Ian Towers movió la cabeza contrariado.

—El sargento Hansen se ha lucido en este asunto. No parece que Homicidios sea precisamente el mejor destino para él... Habrá que pensar en otra cosa, algo más acorde con sus aptitudes. Pero eso vendrá más adelante; ahora debemos ocuparnos de ese tipo.

—No podemos hacer nada, es él quien debe jugar primero.

—Sí, pero nosotros debemos prevenir la jugada e intentar pescarlo con las manos en la masa.

—Si está pensando en poner vigilancia a mi alrededor, abandone la idea, ese individuo no tiene un pelo de tonto.

—Tampoco nosotros. Hansen es sólo un mal ejemplo, de los que afortunadamente, no abundan.

CAPITULO VIII

Me extrañó oír el teclear de una máquina de escribir.

Leí mi nombre sobre el cristal esmerilado de la puerta. No, no me había equivocado de planta, ni de despacho.

Sobre mi mesa, libre de papelajos, un jarrón de cerámica conteniendo un ramo de rosas rojas. Bajo los sillones de cuero artificial, al parecer, recién tapizados de rojo granate, una alfombra haciendo juego. La cortina, antes verde y descolorida, era de color naranja. En cuanto al pequeño mueble donde amontonaba algunos informes y un par de botellas de White Horse, alguien se había encargado de pulimentarlo de nuevo.

Frente a la ventana, manejando una vieja Underwood, una chica con pelo recogido, gafas redondas y sin ningún tipo de afeitado en el rostro, salvo un leve toque sonrosado en los labios, me recibió con una sonrisa. Helen tenía todo el aspecto de una secretaria eficiente.

—¡Hola, Pat!

—Veo que han habido cambios —medio gruñí.

—He intentado darle un tono más acogedor a todo esto, espero que no te disgustes demasiado cuando tengas que pagar la factura.

«¿Qué puedo hacer, salvo estrangularla?», me pregunté.

—¿Qué estás escribiendo?

—Paso a máquina viejos informes... No eres muy ordenado que digamos... Pat, no volverá a ocurrir lo de la otra noche; regresaré a casa todas las tardes —dijo con los ojos bajos.

Sospeché que aquélla era una actitud estudiada, eso que los militares llaman cambio de estrategia.

* * *

Transcurrieron varios días sin que nuestro hombre diera señales de vida. Yo no hacía más que encontrarme con fotógrafos callejeros, empleados de la limpieza, vendedores de helados, turistas, transeúntes, practicantes del «footing», mozos de hotel, empleados de teléfono... Por lo visto Ian Towers había desplegado todos sus efectivos.

Helen continuaba pasando a máquina viejos informes que jamás volvería a necesitar. Lo peor de todo era que me estaba acostumbrando a ella, a percibir su perfume, y a escuchar su «¡Hola, Pat!», de cada mañana. «Antes o después, un chico se

cruzará en su vida; la Underwood volverá a convertirse en el objeto inservible de siempre y yo recuperaré mi tranquilidad.» Decía para mi capote. Pero, a fuer de sincero, no deseaba que ocurriera.

Una mañana no estaba Helen cuando llegué. Recuerdo haber consultado el reloj y mirado por la ventana media docena de veces, antes de que sonase el teléfono.

—Este era un asunto a resolver entre nosotros dos. No debieras haber mezclado a nadie más —dijo alguien en voz baja y silbante.

—¿Quién es? —pregunté con el corazón en un puño.

—Tengo a tu blanca paloma en mi poder; está muerta de miedo la pobrecilla...

—¡Mal nacido! ¡Si la tocas un solo cabello!

—Si quieres volverla a ver viva, líbrate de esos monos disfrazados que te rodean. Dirígete a Kearny Street, cerca del embarcadero, hay tres cabinas telefónicas. Espera.

Luego colgó.

A partir de ese momento no concebí otra idea que la de salvar a Helen de las garras de aquel individuo; lo que significaba aceptar, sin reservas sus indicaciones. Pero había algo que acentuaba mi preocupación: La voz, aquella voz, no era de modo alguno la de una persona desequilibrada.

Apenas puse en marcha mi viejo Dodge, una furgoneta se despegó del bordillo, y un Desoto, algo boyado, a continuación. Los dos eran familiares, y también los tipos que iban dentro. Debía librarme de ellos.

Me adentré por Jacksin Street hasta encontrar lo que buscaba; un taller de reparaciones. Me introduje en él.

—¿Qué le pasa al coche? —preguntó un mecánico, aproximándose.

—Necesita una revisión general —dije sin perder de vista a un tipo que se disponía a subir a un camión grúa.

—No podemos ocuparnos de su coche hasta mañana —oí decir al mecánico.

—Perfecto —repuse. Y luego encarándome con el tipo del camión grúa—. ¿Puede llevarme, amigo?

—Voy a Golden Gate, un tipo se ha quedado atascado en mitad del puente —dijo sorprendido—, pero esto no es un taxi.

—Tengo mucha prisa, y ése es justo mi camino —respondí accediendo a la cabina del camión grúa sin más dilación.

Poco después de haber abandonado el garaje, observé por el espejo retrovisor que el Desoto y la furgoneta, situados ambos a prudencial distancia uno del otro, no se movían.

El camión grúa me llevaba al norte de la ciudad y yo debía

dirigirme al este, pero eso era lo de menos, si conseguía burlar a los hombres de Ian Towers.

Pasados unos veinte o veinticinco minutos, descendí.

Aguardé a que el tipo de la grúa no pudiera verme, para tomar un taxi.

Cuando el taxi se detuvo frente a las cabinas telefónicas, era algo más de medio día. Habían transcurrido unas dos horas desde que me llamara aquel individuo.

Nadie merodeaba por los alrededores.

Busqué alguna nota oculta en el interior de las cabinas, pero no encontré nada. Me parecía improbable que el tipo se presentase.

Sonó el timbre de uno de los teléfonos. Cogí el auricular precipitada y nerviosamente.

—Hay unas casas junto al mar, a unas cinco millas de donde estás ahora. Entra en la que está pintada de verde.

—¿Y Helen? ¿Cómo está la chica?

Pero sólo oí el «clic» característico, como respuesta.

No me fue fácil dar con otro taxi, pero sí localizar las casas, junto al mar. Enclavadas sobre columnas de hormigón, a las que se descendía por medio de pasarelas. La mayoría estaban habitadas. Habían macetas con palmeras enanas, tumbonas, y ropa tendida al sol. No parecía éste el caso de la vivienda pintada de verde, su aspecto era de total abandono.

Un crío me miraba con curiosidad impertinente, como se observa al extraño venido en mala hora. Llevaba un gato pequeño entre los brazos.

—¡Hola! ¿Es tuyo el minino?

—Claro —respondió el crío comprendiendo que su minino me tenía sin cuidado.

—Oye, ¿sabes si vive alguien en la casa verde?

—No.

—¿No lo sabes, o no vive nadie?

El crío debió pensar que yo era idiota perdido por no entender su clara respuesta, se armó de paciencia y se dispuso a ser más explícito.

—No creo que viva nadie ahí, pero esta mañana había un hombre.

—¿Un hombre? ¿No iba una chica con él?

—Iba solo. Vino y se fue —puntualizó.

—¿Te fijaste en él; viste si cojeaba?

—Sí. Un poco.

Subí por la pasarela. Los cristales de las ventanas a uno y otro lado de la puerta, se hallaban cubiertos por hojas de periódico.

Si aquel tipo quería acribillarme a balazos yo le estaba dando todas las facilidades del mundo. Pero no podía pensar en mi propia seguridad estando Helen en sus manos.

El crío me observaba desde el otro lado sin perder detalle, mientras acariciaba la cabeza del minino.

Empujé la puerta y ésta cedió, aunque con cierta dificultad, como si detrás hubiera un objeto relativamente pesado que lo impidiese.

La luz lograba filtrarse a través de las hojas de periódico que cubrían las ventanas, logrando iluminar su interior.

No había en la estancia ni un solo mueble, ni un solo objeto, excepto una bolsa negra de plástico, de la cual salía un delgado cable. Seguí su trayectoria. Cuando vi que estaba unido a la puerta que acababa de abrir, me lancé contra la ventana más próxima. Me había alcanzado aún el agua cuando una enorme explosión atronó el espacio.

El agua se llenó de infinidad de fragmentos de madera y restos de techumbre.

Cuando cesó la lluvia de objetos, pude comprobar que no quedaba absolutamente nada de la casa verde, salvo los cimientos de hormigón.

También los cristales de las viviendas más próximas habían saltado en mil pedazos por efecto de la onda expansiva.

El crío, único testigo de lo ocurrido, me vio nadar hasta la escalera de madera que hacía las veces de embarcadero. Dejó escapar el gato de entre sus manos y echó a correr llamando a gritos a su madre.

Escuché la sirena de un coche policial que se aproximaba.

Luego de comprobar que no tenía ningún tipo de lesión, fui a parar con mis posaderas sobre una incómoda silla, para sufrir preguntas no menos incómodas, por parte del sargento Hansen.

—¿Qué hacía usted en aquella casa? ¿Quién, y por qué quiere quitarlo de en medio?

—...

—¿No irá a decirme que está relacionado con el caso de ese italiano?

—Ya le dije en otra ocasión, que Reinaldo es tan americano como usted y yo. ¡Y déjeme en paz, de una puñetera vez! ¡Si quiere hacer algo útil, llame al fiscal Towers!

—¡Oiga! ¡A mí no me hable usted en ese tono o lo encierro en el calabozo! —exclamó Hansen fuera de sí.

—Llame al fiscal sin demora, Hansen, o más tarde recibirá la mayor bronca de su vida —dije intentando serenarme.

—No tengo por qué hacerlo.

—¡Escúcheme, idiota, está en juego la vida de una chica y no pienso...!

La puerta del despacho se abrió de pronto. Ian Towers entró precipitadamente. Hansen saltó de su asiento.

—¿Señor...? —balbució abriendo, quizá por primera vez en su

vida, sus ojos grises de par en par.

—Vamos Monroe, me contará cómo ha sido por el camino. En cuanto a usted, sargento, hablaremos con calma en otra ocasión.

Subimos en una Cadillac negro que aguardaba en la puerta. Fue puesto en marcha inmediatamente. Dos motoristas uniformados, se situaron delante despejando el camino con las sirenas.

—A pesar de todo —opinó el fiscal una vez hubo relatado los hechos— debió contarme lo que estaba pasando.

—Ese individuo tiene buen olfato. Se dio cuenta de la presencia de sus hombres en torno mío, no podía arriesgarme a intentar algo contra él estando Helen en sus manos.

—Bien, si lo que nuestro amigo desea es acabar con usted, habrá que darle ese gusto. Monroe...

* * *

«Muere como consecuencia de una explosión, al parecer provocada, el investigador Pat Monroe. La policía se niega a facilitar más información...»

Ian Towers se había ocupado de que la prensa difundiera la noticia de mi muerte con grandes titulares, en tanto yo me encerraba en un hotelucho de cuarta fila con la esperanza de que mi encarnizado enemigo soltase a Helen.

Fue aquélla una de las contadas ocasiones en que el mundo del hampa colaboró con la policía. Carteristas, descuideros, chulos, delincuentes de medio pelo, propietarios de prostíbulos... Todos tuvieron noticia de que la poli buscaba a un tipo alto de pelo oscuro, que cojeaba ligeramente de la pierna izquierda. El tipo en cuestión, era totalmente ajeno a la «Gran Familia» de los bajos fondos. Su existencia podía ser motivo de innumerables molestias; la policía podía dedicarse a «peinar» con más frecuencia las barriadas, y aquello podía resultar desastroso para el negocio. Fuera el que fuese, seguro que era ilegal.

Pero los días pasaban y salvo multitud de falsas pistas propiciadas por los hampones que no dejaron un cojo por denunciar, no ocurrió absolutamente nada de interés.

George Ayer, padre de Helen, apenas me dirigía la palabra. Supuse que me consideraba responsable de lo ocurrido, y era lógico. También yo me hacía serios reproches en ese sentido.

Sin embargo el mutismo de mi amigo era debido a otro motivo bien diferente.

Ian Towers me llamó al hotel.

—¿Se sabe algo de Helen? —deje. Aquélla era la pregunta con la que siempre iniciaba nuestras charlas telefónicas.

—No, pero acabo de saber unas cuantas cosas interesantes: El padre de la chica vendió ayer su apartamento, lo mismo ha hecho esta mañana con su Packar. un modelo del año pasado, poco después de pedir un préstamo al banco de cien mil dólares.

Para mí aquello estaba tan claro como el agua. Aquel tipo se había creído lo de mi muerte, pasando de un sentimiento de venganza a una actitud mucho más práctica. Estaba dispuesto a obtener un buen rescate por Helen y desaparecer con la pasta. Sólo eso podía explicar la imperiosa necesidad que George demostraba por reunir una importante suma.

—Ese individuo piensa exprimir al padre de la chica —terminó comentando Ian Towers, coincidiendo conmigo.

—¿Qué piensa hacer? — pregunté.

—Por lo pronto, no perder de vista a su amigo.

—Si ese tipo descubre a alguno de sus hombres merodeando, descargará sus iras sobre Helen.

—Sé que existe ese riesgo, pero no es el único... ¿O acaso piensa que la chica quedará libre cuando su padre suelte el dinero? Ni siquiera tenemos la seguridad de que sigue con vida.

Los pensamientos pesimistas que entonces cruzaron por mi mente me parecieron más terribles al saberlos compartidos por el fiscal. Fue como si un eco cruel los repitiera con machaconería. No; yo no podía permanecer oculto por más tiempo, esperando que los acontecimientos se sucedieran como quien espera el cese de un temporal para hacerse a la mar.

—Me gustaría ocuparme de seguir a George Ayer —dije.

—Usted está muerto, ¿no se acuerda?

—Fue idea suya, también eso lo recuerdo. Mire, Towers, si se figura que voy a permanecer mano sobre mano esperando el desenlace, como si no me fuera nada en el asunto, se equivoca de medio a medio.

—¡Usted no saldrá del hotel; si es preciso lo meteré entre rejas acusándolo de lo primero que se me ocurra! —exclamó.

—¿Encarcelaría usted a un muerto? La prensa va a tener con quien meterse una temporada.

Entonces supe que también un fiscal del distrito puede soltar «tacos», maldecir, meterse con la familia de uno y convertirse en una malva poco después.

—Veamos cuál es su plan —rezongó finalmente.

El inmueble que George acababa de vender, pero que todavía ocupaba, se hallaba situado en la quinta planta del «Edificio Bay», así llamado por encontrarse próximo a la Bahía de San Francisco. Yo alquilé el ático del edificio de enfrente. Provisto de unos buenos prismáticos podía observar la mayor parte de sus movimientos. En la calle tenía una furgoneta esperando, y en la guantera mi revólver.

Por iniciativa del fiscal, yo me había convertido en un tipo de largos bigotes, jersey de cuello alto y pantalón blanco. Me parecía bastante a uno de esos marinos de agua dulce que hablan de viajes y aventuras que jamás han vivido.

Desde mi puesto de observación pude ver una bolsa de deportes amarilla sobre la mesa de trabajo de George Ayer.

En cualquier momento podía sonar el teléfono, el padre de Helen dejaría de pasear de un extremo a otro de la habitación para escuchar las instrucciones del raptor de su hija. Después yo debía conocer por mediación de Ian Towers, la localización de la llamada.

Ocurrió dos horas después.

La conversación fue breve. Vi a George consultar su reloj, sentarse y encender el enésimo pitillo.

Minutos después Ian Towers se puso en comunicación conmigo.

—El tipo pide doscientos cincuenta mil. El padre de la chica debe estar esta noche a las seis en la Terminal de Autobuses... La conversación ha sido demasiado corta, nuestros técnicos no han tenido tiempo de localizarla, pero hay algo que quizá nos sirva.

—¿Qué es ello? —pregunté impaciente.

—Tenemos grabada la conversación, la hemos estado escuchando unas cuantas veces. Se oye una música lejana; música de feria, como de un tiiovivo... Los expertos están en ello.

—¿Cuánto tiempo tardarán en saber algo concreto?

—Poco, espero... Permanezca cerca del teléfono y avísenos si su amigo decide largarse de improviso.

El pobre George estaba nervioso, fumaba un pitillo tras otro, paseaba se sentaba para volverse a levantar a los pocos minutos, consultaba el reloj, se mesaba el cabello... Yo no le iba a la zaga. Por fin volvió a sonar el teléfono. Era de nuevo el fiscal.

—Es el «Danubio Azul» —le oí decir.

—¿Qué?

—La música del tiiovivo es el vals, «Danubio Azul»... Suponemos que la llamada fue realizada desde algún lugar de los alrededores, posiblemente desde una cabina. Lo malo es que hay tres Parques en la ciudad, y varios tiovivos en cada uno de ellos.

—¿Cuál es el Parque de Atracciones más cercano a la Terminal?

—pregunté alentado por una súbita idea.

—El de Palo Alto. ¡Claro! Tiene usted razón, ése debe ser —dijo el fiscal interpretando mi pensamiento.

—Recuerde, Towers que me ha prometido mantenerse a distancia hasta que encuentre a Helen.

—No necesito que nadie me recuerde mis promesas —gruñó.

CAPITULO IX

Antes de abandonar la furgoneta sujeté el arma al tobillo valiéndome del elástico del calcetín.

Consulté el reloj, acababan de dar las dos de la tarde.

El Parque era inmenso, pero no funcionaban todas las atracciones, sólo las dedicadas a un público mayoritariamente infantil.

Si mis deducciones eran acertadas, Helen podía hallarse oculta por su raptor en cualquier lugar del Parque, en tanto que él se dirigiese a la Terminal en busca de los doscientos cincuenta mil dólares.

De los varios tiovivos que ocupaban el Parque, únicamente dos tenían cerca una cabina telefónica. La música que comenzó a sonar cuando me aproximé a uno de ellos, me sacó de dudas: «Danubio Azul».

Sin embargo, muy pronto mi atención quedó centrada en un tenderete cercano.

Un individuo con gorro de cocinero y mandil, manipulaba un aparato de fabricar algodón azucarado. Había una clientela menuda y vocinglera esperando entre la chiquillería, que disfrutaba con su trabajo. Que se consideraba una especie de Papá Noel, o algo parecido.

Del techo de lona, colgaba una porción, de aproximadamente media yarda, que había sido aprovechada para exhibir el siguiente eslogan: «El tío Glenn endulzará tu vida».

Detrás del tiovivo habían varias «roulottes», una de ellas ostentaba el mismo eslogan pintado de rojo a ambos lados.

De nada me sirvió pegar la nariz a las ventanas, una gruesa cortina marrón ocultaba por completo lo que pudiera haber al otro lado. Para colmo fui pescado in fraganti por una vecina que había salido a secar su larga cabellera al sol.

—¿Qué busca por aquí?

—Glenn me ha dicho que llame, la chica está dentro —aventuré pensando que quizá hubiera visto a Helen.

La mujer que había empezado a desenredarse dejó de hacerlo para mirarme atentamente. Ya había pasado el medio siglo. Su pelo largo, color caoba, quizá teñido, era lo mejor de su aspecto.

—Puede que Glenn no lo sepa, pero yo la he visto salir hace más de media hora.

Era lo último que esperaba oír. Me aproximé a la puerta, intenté abrirla, pero como era de esperar, estaba cerrada con llave. Lamenté no ir provisto de mi acostumbrado juego de ganzúas.

La mujer me observaba con aspecto de tener la mosca tras la oreja. Pensé que si no hacía pronto algo, le iría a Glenn con el cuento.

—Señora, debo entrar ahí y Glenn es mejor que no se entere —dije pasando por sus narices mi carnet plastificado.

—¡Dios mío, Policía Federal! —exclamó.

Que la buena señora veía mucha televisión era algo fuera de toda duda. Naturalmente, no hice nada por sacarla de su error.

Junto a la «roulotte» de la mujer había una silla plegable de lona y tubos de aluminio. La agarré con ambas manos y la lancé contra el cristal de la ventana.

Fue necesario repetir la operación para que el cristal se convirtiera en algo opaco y blanquecino y comenzara a disgregarse.

La mujer me miraba con los ojos abiertos de par en par, sin acordarse para nada de su pelo.

Me introduje por el hueco de la ventana; algunos restos de vidrio fragmentado, sujetos al marco, me produjeron ligeros arañazos en ambas extremidades. Las gruesas cortinas impedían el paso de la luz; la que pudiera entrar por la ventana sin cristal era suficiente. Fui hasta la puerta en busca del interruptor.

A «Tío Glenn» no le preocupaba gran cosa la higiene. El polvo y la suciedad se habían adueñado de su guarida. Platos sucios, amontonados en el reducido fregadero, revistas pornográficas dispersas sobre un camastro, y sobre un mueble que servía de soporte a un televisor portátil. Botes de cerveza e infinidad de servilletas de papel, con restos de comida, junto a un sillón. Recordaba haber visto aquella clase de servilletas en otra parte. En el preciso momento que me agachaba para coger una de ellas, descubrí oculto tras el mueble del televisor, un regular pedazo de lona descolorida, seguramente, restos de un gran parasol. Con el corazón encogido, tiré de la gruesa tela.

—¡Helen!

Allí estaba Helen Ayer, atada de pies y manos, con una gruesa mordaza, mirándome con ojos atónitos y asustados.

—Soy Pat —dije despegándome el grueso bigote y liberándola de la mordaza—. ¿Estás bien, criatura?

—He pasado mucho miedo, Pat, ese hombre...

La desaté. Besé sus trémulos labios.

—Debemos marcharnos cuanto antes, cariño. Ese individuo puede aparecer en cualquier momento.

Helen se incorporó con dificultad. Tenía las extremidades entumecidas, no tanto por la inactividad como por la tirantez de las ligaduras.

—Intenta andar, yo te sostengo —dije ayudándola a dar los primeros pasos hacia la salida.

Pero la puerta se abrió de improviso.

«Tío Glenn», sin mandil ni gorro, esgrimiendo una «Magnum, 44» clavó sus ojos negros en nosotros. Ya no quedaba nada del hombre afectuoso y sonriente de poco antes.

—¿Tú?

Su mente enfermiza pero inteligente, dio pronto con la explicación de mi presencia allí.

—Todo ha sido una trampa...

Sin dejar de apuntarnos irrumpió en una carcajada espasmódica y femenil, convirtiéndose finalmente en un entrecortado quejido.

—Bien... Ahora os tengo a los dos...

Quise proteger a Helen con mi cuerpo, pero ella se cogió de mi cuello. Intentar llegar hasta el revólver que llevaba sujeto a la pierna era totalmente imposible.

Me fijé en aquella mirada fría, en su rostro macilento de pómulos salientes, y mandíbula cuadrada y dura. La «Magnum» se elevó a la altura conveniente. Una leve presión sobre el gatillo y todo habría acabado. Me pregunté quién sería el primero en recibir el impacto y deseé con todas mis fuerzas ser yo.

Se oyeron varias detonaciones, espaciadas entre sí por décimas de segundo.

Glenn dio un paso adelante, luego varios hacia atrás; para acabar cayendo de espaldas, fuera del carromato, sobre el suelo.

Justo en ese instante, el ti vivo se ponía en marcha, iniciando con ello los primeros compases del «Danubio Azul».

La cabeza del sargento Hansen y su arma reglamentaria asomaron por el hueco de la ventana. Casi al mismo tiempo, se recortaba la hierática figura de Ian Towers en el umbral.

—Hemos llegado a tiempo —dijo simplemente.

* * *

Se presentó uno de los hombres de Hansen con cara de funeral, para decimos que habían perdido la pista de George Ayer durante unos minutos, y cuando volvieron a encontrarlo, éste ya había efectuado la entrega.

—Pero ¿cómo puede perderse la pista de un hombre cuya descripción se conoce al dedillo, y deambula por la Terminal de Autobuses con una bolsa de deportes amarilla en la mano?

—Aquello estaba de bote en bote. Había mucha gente con

bolsas idénticas a ésa —se quejó el mensajero.

—¿Dónde y a quién hizo la entrega?

—Según nos ha explicado el padre de la chica, fue en el interior de un autobús. Subió, dejó la bolsa en el estante para equipajes y descendió sin ella en la parada siguiente. No tiene ni idea de quién pasó a recogerla.

—Pues a menos que nuestro hombre goce de la virtud de ubicuidad, no puede estar muerto aquí y vivo en la terminal —dijo Towers.

—Si dice usted cosas así en la Sala del Tribunal, los asistentes lo deben pasar en grande —comenté—. Tenemos a una testigo. Asegura haber visto salir a una mujer de la «roulotte» de Glenn, supongo que es quien ahora tiene la pasta.

—¿Y por qué no lo ha dicho antes?

La mujer que me tomara por agente federal, había conseguido finalmente secar su melena y recogerla en un moño.

—Cabello castaño claro, pelo corto, gafas de sol... Fumaba. En la ropa no me fijé, creo que iba de rosa o de amarillo... lo siento, no estoy segura.

—Del rosa al amarillo hay cierta diferencia, señora —comentó el fiscal Towers.

—¿Y qué? ¿Cómo iba a saber yo que luego alguien me iba a preguntar?

—¿La había visto otras veces?

—No señor, nunca.

—Con una descripción como ésa no vamos a ninguna parte —opinó Towers, cuando la mujer se hubo retirado.

—Pero la que buscamos debe llevar una bolsa de deportes amarilla —apuntó Hansen, con aspecto de haber dado con el misterio de la piedra filosofal.

—¿Supone que esa mujer, sea quien sea, va a ser tan estúpida como para conservar la misma bolsa? Se habrá deshecho de ella, o la habrá guardado en el interior de otra de mayor tamaño...

—Es verdad, claro... —balbució el sargento, a quien auguré in mente, un prometedor futuro como guardia de tráfico.

Tampoco Helen pudo aportar ningún dato sobre la misteriosa compañera del tal Glenn. Nunca tuvo oportunidad de verla, sólo había oído su voz en una ocasión cuando estaba cubierta con la lona.

Como siempre, cada vez que pasaba unos días sin pisar la oficina, la encontraba atestada de cartas. Y también, como siempre, eran circulares del banco, advirtiéndome que mi cuenta había menguado un poco más. Entre ellas se encontraba la respuesta del sanatorio psiquiátrico de Denver.

«...El señor Gardner —nombre completo: Glenn Gardner Hills —, ingresó en este establecimiento procedente del Center Hospital, una vez restablecido de sus heridas de guerra, como consecuencia de las cuales adolece de un defecto en la pierna izquierda, que le impide andar con normalidad.

»Estuvo recibiendo tratamiento hasta hace, aproximadamente, dos años, fecha en que su estado tendente a la mejoría, aconsejaron su total reinserción a la actividad normal.

«Posteriormente, aunque un breve período, estuvimos en comunicación con su hermana, su pariente vivo más cercano, al parecer, con quien estuvo viviendo. Luego perdimos todo contacto...»

Aquella carta corroboraba que Glenn Gardner era nuestro hombre, aunque seguía sin probar que fuera el asesino de los Vanini; quizá con ciertas dificultades se le pudiera imputar el crimen cometido en Miami, y con toda seguridad el rapto de Helen, pero eso seguía dejando a Joe Reinaldo entre las cuatro paredes de una celda. El hecho de que Joe fuera zurdo no significaba gran cosa, cualquier zurdo puede disparar con la derecha si el blanco es considerable y se realiza a corta distancia. Era imprescindible echarle el guante a su lista amigueta, poseedora de una cuarto de millón de pavos.

Sin embargo tenía una pista; una pista que podía resultar un fiasco como la copa de un pino, pero valía la pena comprobarla. Se trataba de las servilletas de papel que vi en la «roulotte» de Glenn. Casualmente conocía la procedencia de esas servilletas.

* * *

Encontré a Nora echando tapetes sucios en el interior de una lavadora.

—¿Usted? ¡Dios mío! La prensa dijo que había muerto. También Joe lo creía así.

—También Glenn Gardner, el hombre que buscábamos, lo creyó —dije—. Conseguimos darle caza en el Parque de Atracciones. Ahora se encuentra bajo los efectos de la anestesia; si todo va bien, mañana estará en condiciones de hacer una declaración en toda regla.

La novia de Joe Reinaldo se dejó caer sobre una silla.

—¿Cómo sabe que ese hombre confesará? —preguntó con

cierto nerviosismo en la voz—. De ello depende la libertad del pobre Joe.

—Sus heridas son de cierta consideración, aunque no graves, pero ese hombre está hundido... No parece encontrarse bien psíquicamente... Está en el Roosevelt Hospital, pero quizá más adelante lo trasladen a un centro más apropiado... No debe preocuparse, Nora —dije apoyando suavemente mi mano en su hombro—, piense que mañana mismo puede estar libre Reinaldo.

CAPITULO X

Glenn Gardner Hills, o lo que quedaba de él, ocupaba la habitación 872 del pabellón «C», quinta planta, del Roosevelt Hospital.

La enfermera portaba una bandeja cubierta con un trapo blanco. Estaba a punto de entrar en la habitación 872, cuando se abrieron las puertas del ascensor y penetraron dos hombres vistiendo de blanco. Esto la llevó a proseguir pasillo abajo, hasta comprobar que los hombres llevaban otro camino y no se ocupaban de ella. Entonces volvió sobre sus pasos y se introdujo resueltamente en la habitación de Glenn Gardner.

Yo me hallaba en la habitación de enfrente, es decir, la 873. El cristal situado arriba de la puerta era distinto a los del resto de las dependencias: opaco por el lado del pasillo, y translúcido por el interior. Magnífico puesto de observación desde el que no había perdido detalle.

Sin pérdida de tiempo abandoné mi escondite y fui en seguimiento de la extraña enfermera.

Dentro, en tomo a la puerta, un biombo impedía a quien ocupase la cama o estuviera cerca de ella, cualquier entrada o salida.

Me situé justo detrás del biombo, la mujer se hallaba de espaldas a mí, frente al cuerpo de Gardner.

—Lo siento, Glenn —la oí decir en baja voz—, no puedo permitir que sigas viviendo. Sé que prometí a madre ocuparme de ti, y lo he hecho, lo sabes. Pero ahora es mi futuro lo que está en juego. En el fondo voy a liberarte, ellos piensan recluirtte en uno de esos horribles sanatorios hasta el resto de tus días, ¿no es eso peor que la muerte? Esto es tan necesario como lo que hiciste con los Vanini, o con tu compañero de armas... Tú lo dijiste entonces, acuérdate: «Ellos deben morir para que yo siga viviendo.» Ese es ahora mi caso, debes comprenderlo. Reharé mi vida con el dinero del rescate...

La bandeja descansaba sobre la mesita. La falsa enfermera retiró el paño que lo cubría. Dentro, por lo que pude ver, no había más que una jeringuilla provista de aguja hipodérmica. Sin duda se disponía a inyectar aire en las venas de Glenn. Pero apenas cogió el brazo, lo rechazó, con gesto de repulsión y sorpresa.

La rigidez y frialdad cadavérica del cuerpo de Glenn, hizo comprender a Nora Gardner la verdad.

—Fue abatido a balazos. El intentaba lo mismo conmigo —dije abandonando el biombo.

Nora clavó en mí sus pupilas. Soltó la jeringuilla y esgrimió un

pequeño revólver que llevaba en el bolsillo.

—¡Te mataré! —dijo dirigiendo hacia mí el corto cañón.

—No se lo aconsejo, bastante comprometida tiene ya la situación... ¿Sabe que en este Estado el rapto puede pagarse con la pena capital? —dijo Ian Towers saliendo del interior de un armario.

Nora Gardner nos miró sonriendo burlonamente. Desvió el cañón de su revólver, con cierta premeditada lentitud. Tanto el fiscal como yo presentimos lo que iba a ocurrir, y no nos decidimos a mover un solo dedo por evitarlo.

Sonó un fuerte estampido, una pequeña mancha circular bermellón apareció en la frente de Nora, que se desplomó como un muñeco desarticulado.

* * *

Con los testimonios de Ian Towers y mío propio, Joe Reinaldo se encontró en la calle, libre de cargo alguno.

Me asigné la tarea de explicarle la verdad sobre Nora; creo que nunca he pasado peor en mi vida.

Le pedí más tarde que me acompañara. Subió al coche como un autómatas. No despegó los labios y estoy por jurar que apenas parpadeó. Sólo cuando cruzamos la verja del recinto portuario miró sorprendido en todas direcciones.

—¿Adónde vamos?

—Me prometieron treinta de los grandes si te sacaba de la cárcel y voy a cobrarlos. Tú eres la mejor prueba de que he cumplido lo acordado.

—Pero, ¿de qué me estás hablando? Me has sacado de la cárcel y vas a conseguir que entre en el manicomio —comentó Joe sin quitarme la vista de encima—. Además, tú no has hecho esto por dinero...

—Me tomas por un filántropo, ¿eh? Pues no lo soy... Me ofrecieron treinta mil pavos por un trabajo; está hecho, y ahora paso a cobrar.

—No te creo —dijo categórico—. Aunque no comprendo qué pretendes.

—¿Y si te diera el nombre de la persona que me ofreció esa pasta?

—Nadie que yo conozca tiene ese dinero, ni siquiera la tercera parte.

—Lo tendrá en cuanto venda su bar; eso si no lo ha vendido ya

—respondí deteniendo el coche.

—¡Katy! ¡No puede ser; esa tonta se va a quedar sin lo único que tiene! ¡No la dejaré que lo haga!

—Pues baja y convéncela.

Katy estaba en la puerta del bar, no por casualidad, yo la había advertido por teléfono.

—¡Eres un...! —exclamó Reinaldo, empezando a comprender. No quise oír el resto, en cuanto mi amigo puso los pies en el suelo, arranqué.

* * *

Ian Towers, fiscal del distrito, se repantigó en su sillón giratorio, su rostro emanaba la misma satisfacción que si acabase de hacer saltar la banca del mejor casino de Las Vegas.

Hube de reconocer que sus cigarros eran de tan excelente calidad como su coñac.

—Monroe, me ha estado llevando la delantera desde el principio —comentaba—, y todo por esas cartas descubiertas por usted en casa de los Vanini. Por cierto, usted entró por las buenas y sin ninguna autorización para hacerlo.

—No recuerdo haberle dicho nada semejante.

—Sé que no encontró esas cartas en una papelería. ¿Por qué no suelta el bocado de una vez?

—He leído mi horóscopo, me aconseja mucho cuidado con los fiscales. Es usted el único fiscal que conozco.

Ian Towers sonrió mostrándome sus dientes algo en negrecidos por el tabaco.

—A decir verdad nos hemos quedado con las ganas de saber unas cuantas cosas —dijo cambiando de tema—. Supongo que usted tendrá su teoría del cómo y por qué de algunas de ellas.

—Tenemos a los culpables criando malvas y a Joe Reinaldo en libertad. Es más que suficiente.

—Aún queda coñac para un par de copas —dijo mientras echaba un vistazo al contenido de la botella—. Si usted no tiene prisa, tampoco yo. ¿Por qué no me regala los oídos contándome su versión de los hechos?

—¿Qué versión?

—Vamos, Monroe, usted posee unos cuantos datos que yo ignoro. Apuesto a que ha entrelazado una historia con principio y fin que no diferirá demasiado de la verdadera, que, por otra parte, nunca conoceremos.

Lo vi llenar nuestras copas hasta vaciar la botella, rebasando con ello el límite de lo prudente; depositó la botella en la papelera, me tendió la copa, cogió la suya y elevándola como si fuera a brindar, dijo simplemente:

—Lo escucho.

Y volvió a repantigarse como antes.

—Glenn Gardner fue uno de los tres soldados que recogieron los restos del hijo de los Vanini, después de que éste pisara la mina. Posteriormente fue herido de cierta gravedad quedando cojo. Ese era motivo suficiente para licenciarlo, pero había más: psíquicamente mostraba algunas anomalías que aconsejaron fuera internado en una clínica de Denver. Allí estuvo hasta hace dos años. Luego fue a vivir con su hermana y juntos vinieron a California. Supongo que lo de la estafa fue cosa de Glenn. El joven Vanini escribía poesías que mostraba a sus compañeros, Glenn debía tener alguna de ellas que le sirvió para imitar su letra y redactar las cartas falsas... No creo que le costase mucho engañar a los pobres viejos. Mientras tanto Nora encontraba colocación en la hamburguesería, ocultando todo parentesco y vinculación con Glenn; supongo que lo hizo por su propia seguridad. Si su hermano era detenido, ella siempre podía atestiguar que ignoraba sus asuntos, y vivía de su trabajo. Fue entonces cuando conoció a Reinaldo; también eso la ayudaba a crear en torno suyo un aire de chica respetable, ajena por completo a las andanzas de Glenn. Por otra parte, Glenn, endulzando la vida de los críos, hacía algo parecido... Mientras tanto los Vanini soltando la pasta que creían iba a parar a manos de Tonino.

—La hermana tenía cerca de cien mil pavos escondidos en su cuarto, y Glenn Gardner, otro tanto —corroboró el fiscal.

—Antes del asesinato hicieron que Reinaldo pintase la habitación. Cambiaron cortinas, compraron un televisor, revistas... Todo hace pensar que Glenn Gardner les había prometido traerles al chico, con intención de obtener la última y más fuerte suma, y asesinarlos después... Cuando Joe Reinaldo hizo su aparición, Glenn lo preparó todo para que pareciese el autor del doble asesinato... Por entonces aparecí yo haciendo preguntas. Creo que Nora debió ponerse algo nerviosa, cuando le pregunté si Reinaldo era zurdo. Sospeché el motivo, se lo contó a su hermano y éste se convirtió en mi sombra. Me vio entrar en casa de George Ayer, supo que era grafólogo y esto le hizo pensar en sus falsas cartas que debía creer destruidas. Esta es una deducción un tanto aventurada, claro, pero sólo así se explica que él no las buscase, después de asesinar a los viejos... Donde sí las buscó fue en mi oficina. Yo entré cuando él estaba en ello, se

ocultó, me sorprendió con un golpe en la cabeza y se fue con ellas... Pudo haberme matado y no lo hizo... Es de suponer que se arrepintió poco después, cuando supo que las cartas no eran mi única pista y me siguió hasta Miami... Allí se cargó a Edgar Taylor, su compañero de armas, por temor a que me hablase de él. Otro que también hubiera podido hacerlo había muerto en un accidente ferroviario... Luego quiso quitarme de en medio y casi lo consigue; lo volvió a intentar y le hicimos creer que había tenido éxito. Entonces vino el rapto y todo lo demás.

—Y usted se acordó de esas servilletas de papel —comentó Towers.

—Así es. La hamburguesería donde trabajaba Nora está por Bartholdi Street. Al otro lado de la ciudad, en Palo Alto, se encuentra el Parque de Atracciones donde estaba Glenn. Nadie, que yo sepa, cruza toda una ciudad para comerse una hamburguesa; acude al primer establecimiento que encuentra... Esto me llevó a pensar que las servilletas con restos de comida, encontradas en la «roulotte» de Glenn, las había llevado hasta allí otra persona. Alguien que sólo pasaba con él unas horas proporcionándole lo necesario para que no se alejara demasiado de Helen Ayer... En cuanto quedó probado que Glenn tenía un cómplice me pareció lógico que fuera su hermana. ¿Quién si no iba a cargar con un tipo que llevaba tres muertes sobre su conciencia? Por otra parte estaba el testimonio de la vecina de Glenn, su descripción no servía para identificar a nadie, pero sí para corroborar que el cómplice era una mujer... Naturalmente el detalle de las servilletas no probaba, en absoluto, que fuese Nora, por eso preparé la trama del hospital.

—Por suerte, dio resultado —aprobó Towers.

* * *

Aquella era una mañana estival como cualquier otra.

El sol estaba dispuesto a broncear cuerpos en la playa, achicharrar transeúntes y conseguir que más de un honrado ciudadano deseara emigrar a Groenlandia.

La puerta se abrió para que entrase una criatura preciosa. Llevaba pantalón vaquero azul, blusa roja y unos zapatos negros sin apenas tacón. Sus ojos castaños, su cutis terso y suave y sus labios sonrosados poseían el brillo y la lozanía de sus veinte años, recién estrenados.

—¡Hola, Pat! —comenzó diciendo—. Mi padre está contento, ha recuperado el dinero del rescate y quiere dar una pequeña

fiesta para celebrarlo... Así que tendrás oportunidad de conocer a mi prometido. Nos casamos dentro de tres semanas.

—¡Vaya! Has encontrado al hombre de tu vida —dije esforzándome por sonreír—. Lo celebro.

—¿Lo dices como lo sientes?

—Claro que sí. Te deseo lo mejor, ¿cómo puedes dudarlo?

—En realidad no quiero a ese chico, pero voy a tener un hijo suyo... Y las madres solteras tienen tan mala prensa...

—¿Te das cuenta que vas a ser infeliz toda tu vida? No, no debes hacer eso. Es más, no voy a permitir que lo hagas.

Helen Ayer clavó en los míos sus preciosos ojos azul cielo, al tiempo que se sentaba sobre mis rodillas. Comprendí que me acababa de tomar el pelo, y que me había caído con todo el equipo.

—Pat Monroe —susurró—, estoy harta de que no me tomes en serio, o por lo menos finjas... Sé que no te soy indiferente, lo leo en tus ojos... «Debemos salir cuanto antes, cariño...» Dijiste. Y antes me besaste, Pat Monroe...

Besé sus labios.

Comprendí que estaba equivocado. Aquélla no era una mañana estival como cualquier otra.

F I N

GAÑE 1.000.000 DE PESETAS

ESCRIBA SUS DATOS PERSONALES (EN MAYUSCULAS)

NOMBRE

APELLIDOS.....

CALLE.....No

POBLACION

PROVINCIA.....

DATOS DEL QUIOSCO O LIBRERIA.....

PLAZA O CALLENo

POBLACION

PROVINCIA.....

● INSTRUCCIONES DEL
CONCURSO EN EL INTERIOR.



8 410018 024127

BRUGUERA

PRECIO EN ESPAÑA
60 PTAS.
IMPRESO EN ESPAÑA

